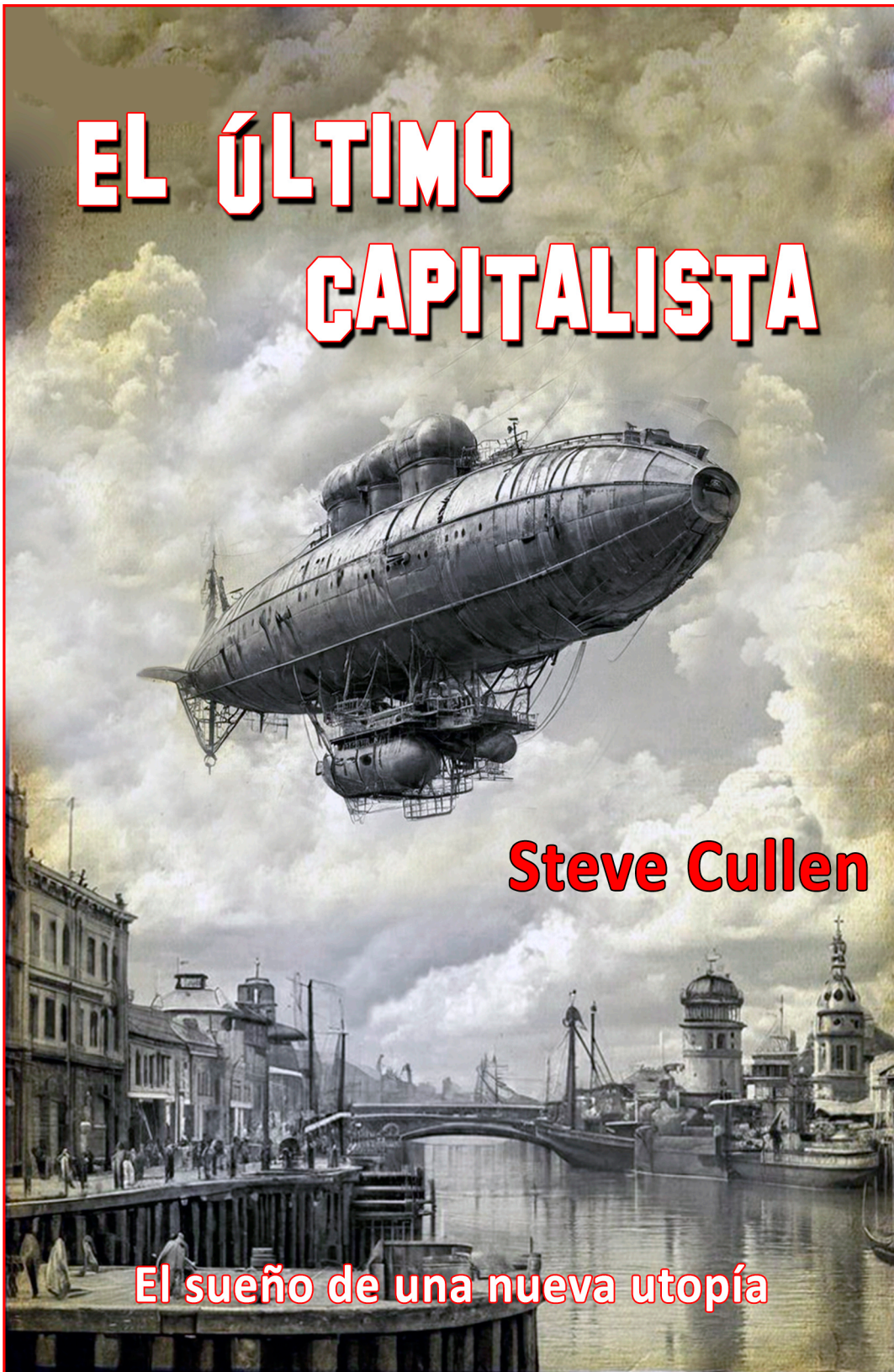


EL ÚLTIMO CAPITALISTA

Steve Cullen

El sueño de una nueva utopía



Ha pasado más de un siglo y medio desde que el viajero del tiempo de William Morris trajo consigo las *Noticias de Ninguna Parte*, recorriendo el sur de Inglaterra en algún momento del siglo XIX. En su viaje se topó con un grupo llamado los Obstinados Negativos, que no aceptaban las normas de la sociedad circundante.

La narradora de Steve Cullen es Anne Riordan. Si en su sociedad existieran profesiones fijas o el crimen, se llamaría a sí misma detective privada, ya que su particular fascinación por los viejos tiempos no es el Salvaje Oeste ni el Imperio Británico, sino la novela negra del siglo XX.

Le encantan esos investigadores ingeniosos y astutos, aunque nunca existieron en la vida real, ni en nuestra época ni en la suya. Pero también tiene otros intereses, como la cerveza artesanal, la horticultura intensiva, el manejo de señales ferroviarias, donde trabaja en su localidad, y la informática.

Así que emprende una especie de peregrinación, como ella la llama, a través de una futura Gran Bretaña de comunas federadas, en busca de un obstinado negacionista en particular: el Último Capitalista. Los lectores se ven inmersos en la vida de la paciente detective Riordan, cuyas secuelas del pasado revelan mucho sobre el futuro.

Colin Ward

Steve Cullen

THE LAST CAPITALIST

A Dream of a New Utopia



FREEDOM PRESS

Steve Cullen

EL ÚLTIMO CAPITALISTA

El sueño de una nueva utopía

Título original: *The last capitalist. A Dream of a New Utopia*

Con linograbados del autor

Publicado originalmente por FREEDOM PRESS, en 1996

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prefacio

- I. ¿Venganza de sangre?
- II. El camino a Grantham
- III. En la ciudad de la Bandera Negra
- IV. Zapateros y cooperativas
- V. Hombre con corbata Windsor roja
- VI. Una colina en Gales
- VII. Conozca al Presidente
- VIII. Estancia en la escuela libre
- IX. 'Hola, hermanita'

PREFACIO

En la actualidad, las páginas de opinión de los periódicos están plagadas de especulaciones sobre el rumbo que tomará el próximo futuro. Inevitablemente, ante el resurgimiento de la religión y el nacionalismo como terribles antídotos contra el igualmente terrible mundo del capitalismo global, los expertos pronostican un panorama sombrío y desolador, solo aliviado por un mundo de realidad virtual repleto de tecnología avanzada. En resumen, el futuro está marcado por visiones distópicas.

Es en respuesta a esos futuros distópicos que he escrito esta utopía, *El último capitalista*. Pero las visiones utópicas (y distópicas) suelen malinterpretarse, a menudo deliberadamente, como cuando la derecha estadounidense se apropió de *1984* de Orwell para sus propios fines. Así pues, quisiera decir dos cosas sobre esta utopía. En primer

lugar, el subtítulo es importante. Al igual que G. K. Chesterton tuvo que recalcar la importancia del subtítulo en *El hombre que fue jueves: Una pesadilla*, también lo es el subtítulo de *El último capitalista: El sueño de una nueva utopía*. Es un sueño, no un plan wellsiano para un mundo nuevo. Además, es mi sueño; si no te gusta, eres libre de imaginar tu propia utopía.

En segundo lugar, una buena obra utópica debe estimular la reflexión. Una utopía debe plantear tantas preguntas como respuestas sugiere. En ese sentido, este folleto es mi contribución a un debate que debes continuar, preferiblemente en un buen bar, disfrutando de una cerveza bien servida.

T. E. Lawrence escribió que todos los hombres sueñan, pero solo los que sueñan de día son peligrosos. Hoy en día, soñar puede ser inusual, pero necesitamos sueños para nuestro futuro. Y lo que está claro es que debemos soñar con una mejor forma de vida y una mejor manera de comportarnos como seres humanos; entonces nuestras utopías podrán convertirse en realidad.

Steve Cullen, Edimburgo, 2 de enero de 1995

Capítulo I

¿VENGANZA DE SANGRE?

Dicen que la vida es lo que uno hace de ella. Bueno, es cierto, pero solo hasta cierto punto. Vale, puedo crear una hegemonía gramsciana personal en mi cabeza. Eso son fantasías y sueños húmedos para ti, colega. Pero la vida puede ser dura si vives en el paraíso de Atopía y no te importaría pasar unas semanas o meses en el crudo mundo de Chicago o del centro de Los Ángeles, en algún momento del primer cuarto del siglo XX. Sí, la vida puede ser dura si vives en el pasado, otra referencia casual al siglo XX.

Si vives en Oxford, ya sabrás quién soy. Y si no, te lo cuento. Me llamo Riordan, Anne Riordan. Soy detective privada, o lo sería si en Atopía hubiera crimen o profesiones fijas. En fin, soy lo que quiero ser, así que soy detective privada, fisgona, investigadora. Aparte de eso, bueno, ayudo en el taller de reparación de bicicletas, trabajo en los invernaderos, hago

las cosas de informática de siempre y soy operadora de señales de ferrocarril, así que hago mis turnos allí, en la estación de Reading. Ah, y también paso algo de tiempo en la universidad. Soy una aficionada a la cultura popular del siglo XX, con especial interés en el crimen. A veces me pregunto si pierdo el tiempo estudiando historia antigua, pero alguien tiene que ser capaz de explicar conceptos antiguos, como el crimen y el castigo, a la generación actual. Y, lo que es más importante, así fue como llegué al caso del Último Capitalista.

Estaba sentada en uno de los antiguos jardines de los profesores, disfrutando del sol, que, como todo lo demás, es gratis, cuando una mujer alta y delgada y un hombre bajo y gordo entraron por la puerta y se quedaron parpadeando bajo la luz del sol. Parecían perdidos, así que les grité. Al principio no me oyeron, con el alboroto de los niños jugando al fútbol, pero entonces les llamé la atención y se acercaron. La mujer delgada se abrió paso con elegancia entre la multitud de niños, pero el hombre gordo se detuvo a botar la pelota contra su estómago. O eso, o los niños se estaban divirtiendo un poco.

La mujer delgada estaba de pie frente a mí, sonriendo. Me gustaría decir que parecía antipática, pero no lo era.

“¿Qué puedo hacer por ti, hermana?”, dije.

—Ah, entonces hemos encontrado a la mujer indicada —respondió ella. El hombre gordo se acercó con paso torpe, sacudiéndose el barro del chaleco. Con semejante barriga, uno pensaría que llevaría algo más que un simple trozo de tela sobre la panza, pero eso es asunto suyo.

—¿Eres Anne Riordan? —continuó la mujer delgada.

“Esa soy yo, hermana.”

—¿Es tu hermana, Emilia? —preguntó el hombre gordo con voz entrecortada.

Emilia se giró y le sonrió. «Quizás deberías quedarte aquí el fin de semana, Godfrey, y averiguar algo sobre Chandler y Hammett con Anne».

String Vest parecía desconcertado, pero sonrió alegremente. "¿Chandler y qué?"

Emilia lo ignoró y se volvió hacia mí. Empezaba a caerme bien esta mujer de carácter reservado. Era el tipo de mujer con la que podría hacer negocios, solo que en Atopía nadie hace negocios.

—¿Así que conoces a Raymond y a Dashiell? —pregunté.

Ella sonrió y el tipo del chaleco de hilo parecía aún más desconcertado, se encogió de hombros hacia mí y les gritó a los niños: "¿Hay alguna posibilidad de jugar?"

Los niños estallaron en carcajadas y le hicieron señas para que se acercara. Él se alejó con su andar torpe y comenzó a correr en círculos alrededor de los niños, para su gran alegría.

—Godfrey está bien. Simplemente no se toma nada en serio —dijo Emilia, sentándose a mi lado.

“¿Qué hace?”

—Muy poco, gracias a Dios —Emilia hizo una pausa y sonrió—, quienquiera que fuera. Nos quedamos en silencio unos instantes observando a Godfrey y a los niños. Ese tipo sí que sabía moverse. 109 kilos, 1,73 metros, pero rápido. No me gustaría enfrentarme a él en Chicago con solo una camiseta de tirantes entre nosotros.

Me volví hacia Emilia. “Bueno, hermana, ¿qué puedo hacer por ti? Por ti y por Godfrey, quiero decir.”

Ella volvió a sonreír. Una sonrisa lenta y relajada. Demasiado relajada, tal vez. ¿O es que yo simplemente me había quedado estancada en el siglo XX?

Se apartó un mechón de pelo rubio de los ojos. Si lo hacía demasiado a menudo, me pondría cachonda, y no era momento para eso. No valía la pena involucrarse con los clientes y, además, tenía que arreglar sillines de bicicleta en unas horas.

“Somos de la Reserva Federal, de la Reserva Federal del Este”, dijo con tono pausado.

“¿Chicas y chicos de la gran EF, eh?”, respondí con tono arrastrado.

Me miró de reojo, me dedicó una mirada larga y pausada, del tipo que decía: "Has dejado un tornillo atrás, hermana".

“¿Gran EF?”

“Sí”, dije arrastrando las palabras, “Federación Federal del Este, la gran EF”. Formábamos un dúo vibrante.

—Claro —sonrió—, la gran EF. Sí, Godfrey y yo hemos sido enviados por la —hizo una pausa—, la gran EF. Pensaron que usted podría ayudar. O, mejor dicho, una mujer llamada Katriana Jayawardena pensó que usted podría ayudar, y la reunión mensual de la Reserva Federal votó a favor de enviarnos a verla.

“Sí, la conozco. Forma parte del Grupo de Historia de Norfolk. La he visto un par de veces. Compartimos intereses.”

“Esa es ella. Dijo que quizás podrías ayudar.”

—¿Sobre qué? —Saqué un par de cigarros, pero Emilia negó con la cabeza, así que encendí uno y me recosté,

observándola a través del humo azul. Solo el viento en el patio se lo llevaba.

—Sobre un problema que podríamos tener en la Federación Oriental —hizo una pausa, se apartó de nuevo el mechón de pelo suelto y miró hacia donde Godfrey acababa de ser derribado por una niña pequeña con el pelo verde.

—¿Es así? —pregunté con voz ronca. Nunca me acostumbraré al tabaco que cultivo en el alféizar de mi ventana.

“Sí, puede ser. Son los Obstinados Negativos.”

“¿Los Enojados? ¿Tenéis algún problema con los Enojados?” No pude ocultar la sorpresa en mi voz. Había pequeños grupos de Indignados aquí y allá. Teníamos algunos en Oxford. Revolucionarios de la vieja escuela que no habían superado el hecho de que Atopía simplemente evolucionó, simplemente surgió, a medida que la gente forjaba nuevas formas de hacer las cosas. Los Coléricos habían querido una gran revolución de la noche a la mañana, una gran pelea, un gran estallido con los viejos jefes. Pero eso no había sucedido, así que los Enojados seguían esperando «El Día», como ellos lo llamaban. Teníamos Obstinados Negativos aquí. Había un grupo de ellos que vivía en lo que había sido All Souls. De hecho, eran los únicos residentes permanentes en los antiguos edificios de la universidad. Un grupo inofensivo, pasaban el tiempo

leyendo, discutiendo entre ellos, dividiéndose en facciones, reorganizándose, esperando «El Día». Ese Día había llegado, pero no se lo dijimos, y a nadie le importaba que no produjeran nada. Necesitaban comer como cualquiera, aunque fueran raros. Tomaban lo que necesitaban del almacén comunitario, como todos los demás. Pero problemas con los Indignados, eso sí que era nuevo.

Emilia me miró, sus ojos azules parecían preocupados. “Bueno, creemos que podríamos tenerlo. Para empezar, han empezado a hablar con gente que no son ellos mismos, en Lincoln, en Norwich. Dicen que 'El Día' se acerca. Hay «Rumores de que alguien lleva un arma». Emilia se detuvo para asimilarlo. Alguien con un arma. ¿Un arma? ¿Cuándo había sido la última vez que Atopía vio a alguien portando un arma? Desde que el antiguo ejército se disolvió...

Exhalé el humo del tabaco por la nariz, intenté no toser y me acerqué a Emilia. Podía oler a gardenia, o tal vez a vinagre. Apreté los dientes y hablé: «Será mejor que me cuentes toda la historia, hermana».

Parecía desconcertada. "¿Qué?"

Aflojé los dientes, dejé que la tos saliera y tiré el cigarro. Cuando terminé de toser, volví a decir: «Cuéntame toda la historia».

Emilia se recostó en el banco, respiró hondo y comenzó: «No sé cuánto sabes sobre la Federación del Este, pero estamos organizados de forma similar a la Federación de Ox y Bucks, solo que, dado que tenemos más pequeños productores, nuestra organización tiende a ser mucho más flexible. Las cosas llevan tiempo. Ya sabes cómo son». Gruñí. Tendría que renunciar al cultivo de tabaco. «En fin», continuó, «a principios del año pasado empezó a correr el rumor de que había un capitalista en Lincolnshire».

“¿Un qué?” Esta historia se estaba volviendo más loca por momentos.

Emilia asintió. “Lo sé. Sé que es difícil de creer y, a decir verdad, la Reserva Federal no está segura de que sea algo más que un rumor. Ni siquiera los delegados de la zona pudieron darnos información concreta”.

“¿Qué zona es esa?” Empecé a sentir curiosidad y saqué mi cuaderno.

“Eso es lo curioso. Se supone que el capitalista fue mencionado por primera vez en Grantham.”

Fue realmente extraño. Grantham era el corazón histórico de Atopía. Allí se formó el primer Consejo Popular, pasando por alto al antiguo consejo, que no era representativo. Y desde el Consejo Popular de Grantham, y luego desde la

Alianza de Lincolnshire, se extendió toda la idea. Un capitalista en Grantham. Era grotesco.

—Sí, Grantham —Emilia hizo una pausa, jugueteando con un mechón de pelo suelto—. Los primeros informes indicaban que alguien había intentado intercambiar mercancías procedentes de fuera de la Reserva Federal del Este, con la intención de obtener un porcentaje sin hacer nada. Luego corrió el rumor de que habían aparecido grafitis en las paredes con frases como «El beneficio libera», «Todo el poder para el beneficio» y «¡Emprendimiento ya!». Cosas bastante oscuras a las que nadie prestó atención. Aunque existieran, y aún no lo hemos comprobado.

Godfrey les estaba enseñando a los niños cómo hacer una patada de tijera. Obviamente tenía facilidad con los niños. Así son las cosas, uno aprende lo que necesita aprender. Todo está ahí, y hay muchos Godfreys para enseñarles a los niños cómo. Aparté la mirada del estómago de Godfrey y volví al caso. "¿Pero qué tienen que ver los Enojados con eso, con ese capitalista, si es que existe?", dije.

“Ya iba a hablar de eso. No hay ningún Indignado en Grantham, pero cuando los Indignados de Lincoln se enteraron —viven en la antigua catedral— lo interpretaron como una señal. Convocaron a todos los Obstinados Negativos de los alrededores a un congreso especial de Trotsky y Bujarin, y sus líderes decidieron que el capitalista de Grantham significaba que el conflicto final estaba cerca y

que había llegado su momento. Para ser francos, creemos que esperan una revolución violenta.”

“¿Pero contra quién?”, pregunté.

“Contra el capitalista.”

“¿Uno? ¿Solo un capitalista, que de todas formas podría no existir?”

“Los Enojados afirman que esto demuestra que Atopía es un Estado burgués.”

“¿Un Estado?” Casi pregunté qué era eso, pero como ya dije, estoy bien versada en historia antigua.

Nos quedamos sentadas en silencio un rato. Los niños se habían alejado, dejando la pelota en el césped. Godfrey estaba tumbado boca arriba, y el vapor salía por los agujeros de su chaleco.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudar? —pregunté.

“En la gran reunión mensual, tras la elección de los nuevos delegados, la Reserva Federal decidió que debíamos investigar esto, que teníamos que averiguar si este capitalista realmente existe. Necesitamos encontrar a este capitalista, si es que existe, para poder descubrir cuál es realmente el problema.”

“Pero no sabéis cómo hacerlo, ¿es eso?”

Emilia asintió. «Sabes algo de historia, ¿cuándo alguien en Atopía necesitó investigar a alguien más? Joder, eso es trabajo policial, eso es cosa de “gobiernos”».

“Tienes razón, hermana.”

“Entonces Katriana sugirió que quizás tú sabrías cómo hacerlo. Ya sabes, rastrear a alguien, encontrarlo.”

Me pareció un caso. Mi primer caso. Pero tenía conciencia, después de todo, era anarquista.

“Pero hay un problema, hermana, en ese tema solo soy una teórica. Si quieres que te arregle una bicicleta, cultive melones, propague árboles frutales, imprima algo, programe una computadora, te ayude a dar a luz, de acuerdo, soy tu mujer. Pero busca a un capitalista, busca a alguien que no quiera ser encontrado. No lo sé. Quizás no pueda ayudarte.”

Emilia me miró fijamente con sus grandes ojos azules. “Tú solo tienes la teoría, pero Anne, nosotros ni siquiera tenemos eso”.

Tenía dudas, y debía de parecerlo.

“Anne, tienes que hacerlo, por la tranquilidad de la gente, por Atopía. Anne, hay algo más.”

La miré. "¿Más?"

Los Indignados hablan de una venganza de sangre, una venganza de sangre que tienen que librar contra el capitalista, o los capitalistas, como ahora dicen. ¡Sangre! Peleas, asesinatos, no necesitamos eso, no hay lugar para eso en Atopía. Anne, conoces la historia, todo eso sucedió en los viejos tiempos, por eso creció Atopía. Así fue como Atopía triunfó, sin odio, sin violencia. No lo necesitamos.

Una sombra nos cubrió a ambas. Era Godfrey, cuya corpulencia tapaba el sol. «Tiene razón, Anne. Si vuelve a derramarse sangre, quién sabe qué podría pasar. Tienes que ayudar».

Me hubiera gustado decir «Cincuenta dólares al día, más gastos y un anticipo de doscientos dólares», pero eso habría sido una tontería. Estaba dispuesta a cambiar mi trabajo por algo de la Reserva Federal del Este, así que asentí y dije: «Soy tu mujer. Puedes ir a decírselo a la Reserva Federal».

Godfrey me estrechó la mano y Emilia me besó. Me alegré de que no hubiera sido al revés.

* * *

Acompañé a Emilia y Godfrey a la salida de la estación y aproveché para hablar con el coordinador del tren Oxford–Reading, Nathaniel Smoke, y preguntarle si creía que el comité ferroviario local podría prestarme sus servicios

durante dos semanas. Cuando le expliqué el motivo, dijo que no veía ningún inconveniente. Smoke es un tipo decente. Está totalmente inmerso en el mundo ferroviario, de hecho, es uno de los pocos que trabaja allí a tiempo completo, pero es un buen tipo. Lo conozco desde hace años, desde que se hacía llamar Fosdyke Gooch, pero desde entonces ha cambiado de nombre varias veces y ahora es Smoke.



Pasé por «The Navy's Honour» y compré ocho botellas de su mejor cerveza. Había ayudado a elaborarla, así que sabía que era buena. Necesitaría unas copas para poder pensar con claridad en este caso.

* * *

Mi hogar es un viejo barco en el canal, "La Barcaza de Berkman", como lo llamaba algún ingenioso en el pasado. Me lo asignó la Asociación de Habitantes del Agua y Barqueros, sin costo alguno; lo único que tenía que hacer era mantenerlo en buen estado, y podía contar con ellos para cualquier ayuda importante que necesitara con "Berkman". En fin, me venía de maravilla. Supongo que no soy tan sociable como algunos creen que debería ser, como la gente de Malatesta Towers. Pero no importa, ellos no me molestan y yo no los molesto a ellos.

La barcaza de Berkman se mecía suavemente en las aguas cristalinas y se movió bajo mis pies cuando subí a bordo. Un mirlo anunciaba la llegada de la primavera desde los árboles podados que crecían desde la orilla del canal. Una columna de humo, de un gris pálido a la luz del atardecer, se elevaba de la barcaza contigua a la de Berkman. Los cubos de narcisos que tenía en la cubierta eran de un amarillo intenso. Me quedé un rato admirándolos y luego bajé con mi cerveza.

Abajo hacía calor y, con un par de vasos de cerveza en el estómago, empecé a alejarme del problema del último capitalista. ¿O acaso era el primero? La leña se movía en mi pequeña estufa, bebí un poco más y cerré los ojos. Trotsky se acercó a saludarme. Llevaba la insignia de un general del Ejército Rojo. Estaban preparando a alguien más para un pelotón de fusilamiento. Intenté ver quién era, pero la cabeza de Trotsky me lo impedía. Algo sobresalía de ella. Un capitalista del siglo XIX, con sombrero de copa y frac, pasó

flotando como un globo. Entonces Emilia apareció nadando, se estaba arreglando el pelo y no llevaba nada más que la camiseta de tirantes de Godfrey. Me di cuenta de que le quedaba grande. Tenía que ir a Grantham, pero no encontraba el lugar, estaba oculto por todas las banderas negras. La barcaza de Berkman se movió y me golpeé el dorso de la mano contra el vaso. Di un respingo, como en un sueño; el cristal se rompió y abrí los ojos. Alguien bajaba por la escalera hacia la cabina. Llevaba botas pesadas y un largo abrigo marrón, de corte decimonónico, con puños anchos doblados y ribeteados de amarillo. Tenía una mano extendida. Era muy blanca y empuñaba una pistola.

Capítulo II

EL LIBRO DE GRANTHAM

Lo que delató a John Clare fue su ignorancia, como siempre. De hecho, sostenía el arma por el cañón y se la apuntaba a sí mismo.

—Pasa, John —le dije—, tengo un par de pintas de la mejor cerveza, pero supongo que ya lo sabías.

John entró lentamente en la cabina y se quedó allí de pie, con la cabeza tocando el techo. Me apuntó con la culata del arma. «¿Qué te parece? No creías que pudiera conseguirte una, ¿verdad? Admítelo, no pensabas que encontraría una de estas armas».

Sonreí. John era de esos tipos a los que acudías cuando querías algo inusual o antiguo, como un coche o, en este

caso, un arma para el museo de la cultura del siglo XX que un grupo de nosotros estábamos intentando montar en la biblioteca municipal.

Le acerqué un vaso a John y comencé a servir la cerveza. «Siéntate, tómate un trago y cuéntame qué te pareció».

John metió sus pies calzados con botas grandes debajo de la mesa, me empujó el arma y levantó su vaso. "¡Salud!"

"¡Salud, John!"

"La encontré en Londres. No funciona, o sea, al menos, creo que no funciona. Pero servirá para el museo, ¿no?"

Acaricié el revólver oxidado. Era extraño pensar que en aquellos tiempos tanto dependía de las armas de fuego y otras armas. No es de extrañar que el mundo estuviera tan loco entonces, no es de extrañar que la gente finalmente se hubiera hartado de matar y de prepararse para matar, y le hubiera dado la espalda a todo aquello. Ese había sido uno de los primeros grandes pasos. Los antiguos movimientos pacifistas fueron dignos antecedentes de Atopía.

"Sí, será estupendo para el museo. ¿Qué les debemos a cambio?"

—Bueno —John hizo una pausa para dar otro sorbo a la mejor cerveza de Navy—, me costó tres días trabajando en la construcción de una casa para un grupo de

autoconstrucción y cuidando a un par de niños pequeños durante un fin de semana.

“Eso fue mucho.”

“Es un artículo raro. Muy raro. A decir verdad, Anne, nunca había visto una de estas hasta que vi esta.”

“Somos dos. ¿Qué quieres a cambio?”

Se recostó en su silla, su largo abrigo marrón arrastrándose por el suelo, su gran rostro tranquilo, agradable, satisfecho.

“¿Qué les parece si un par de ustedes, gente de museos, me dedicaran el equivalente a dos días de trabajo en mi pequeña finca, y me ayudaran con mi computadora?”

"¡Hecho!"

Vertí los restos de cerveza en nuestros dos vasos y brindamos según lo acordado.

John dejó su vaso vacío y lo miró con tristeza. "¿Te apetece pasar la velada tomando unas copas en el 'Gardener's Arms'?"

Negué con la cabeza. —Me gustaría, John, pero me estoy preparando para un viaje a Lincolnshire, concretamente a Grantham.

“¿Grantham? ¿Más trabajo de historia, eh?”

“En cierto modo, busco a un capitalista.”

El rostro de John se iluminó y soltó una carcajada sonora y estruendosa. Al terminar, dijo: «Esa es buena. Hace que buscar un arma parezca fácil».

* * *

Había un par de chicos que no había visto antes pintando la fachada de la sala de espera del andén dos. Me acerqué a charlar con ellos. El más pequeño, un chico alto y delgado de unos doce años que se hacía llamar Long Tom, dejó la brocha y se sentó en mi mochila para contarme sobre un proyecto de mariposas en el que participaba. Formaba parte del proyecto para intentar reparar algunos de los daños causados en los siglos anteriores al triunfo de los utópicos.



Era responsable de una colonia de mariposas azules de las colinas de tiza, fueran las que fueran. Tom sin duda sabía de lo que hablaba, y las listas de nombres latinos de mariposas, polillas y sus plantas asociadas me dejaron boquiabierta. Tenía esa actitud abierta, segura y alegre que tienen la mayoría de los niños. Me preguntó qué me interesaba, a qué me dedicaba. Se lo conté, y me dijo que estaba haciendo un trabajo básico de informática, así que quizás nos volveríamos a ver. Le dije que esperaba que sí, y me despedí de los dos pintores mientras la larga locomotora negra llegaba con su tren.

Era un tren temprano, así que el vagón estaba bastante vacío. Me recosté y miré por la ventana, esperando vislumbrar Oxford a través del bosque que rodeaba la ciudad y que nos provee la mayor parte de nuestras necesidades de madera. La locomotora comenzó a acelerar después de Banbury, y me recosté, pensando en el caso y en el viaje.

No tenía ni idea de cómo encontrar al último capitalista. Las cosas iban a ser difíciles. Esto era Atopía, no los Estados Unidos a principios del siglo XX. La gente sabía cómo funcionaban las cosas entonces, estaban familiarizados con el crimen, los detectives, la policía, los fiscales, las mentiras, todo el bagaje de la vida del viejo mundo. Pero ¿cómo me las arreglaría ahora? No tendría problemas para obtener información, la gente siempre te daba respuestas directas, no había razón para ocultar nada, pero ¿se lo tomarían a broma? ¿Detective? ¿Un capitalista? «¿A quién quieres

engañar? ¡Qué buena!...» Ya podía oírlo. Iba a tener un trabajo arduo por delante.

El tren redujo la velocidad y se detuvo en una pequeña parada. Una anciana, de más de setenta años, paseaba por el andén gritando los detalles del tren. Un perrito blanco la seguía pegado a los bajos de sus pantalones negros. Ambos se lo tomaban con calma. Pero al fin y al cabo, era un trabajo útil, no una labor inútil. Las puertas se cerraron de golpe, la anciana hizo sonar su silbato, el perro ladró y el tren partió, pasando junto a una joven y dos niños pequeños que se quedaron de pie saludando al tren que se alejaba.

Los ferrocarriles eran uno de los mayores orgullos de Atopía. Históricamente, fueron uno de los grandes ejemplos que contribuyeron a su construcción, y ahora eran un ejemplo vivo de voluntariado y cooperación a escala nacional. Bajo el antiguo sistema, los ferrocarriles se habían reducido a unas pocas líneas principales, dominadas por una oligarquía de compañías de viajes. La mayor parte del país se quedó sin ferrocarril. Pero esto solo sirvió de estímulo para las redes locales de líneas de aficionados. Ya existían muchos de estos grupos, como el grupo Didcot, que dio origen a la línea Oxford–Reading para la que trabajo. Pero las nuevas circunstancias hicieron que la combinación de nostalgia, entusiasmo y la demanda local de transporte para todos diera lugar a la creación de decenas, y luego cientos, de líneas locales. Al principio no estaban conectadas entre sí, pero bajo la presión de los grandes oligopolistas que temían

por sus beneficios, las pequeñas líneas se unieron para formar la Federación Nacional de Ferrocarriles (NRF). Inicialmente, la NRF se formó simplemente como una red de información y presión, pero luego comprendieron la lógica de conectar sus líneas siempre que fuera posible. Como la mayoría de los pequeños ferrocarriles eran gestionados por voluntarios y aficionados, sus costes eran mucho menores que los de los oligopolistas. Prestaban servicio a las comunidades locales, que los apoyaban en la lucha que debían librar contra los oligopolistas y los sindicatos ferroviarios, que seguían aferrados a los viejos conceptos del trabajo asalariado. Pero el gran declive del empleo remunerado a tiempo completo significó que los voluntarios contaban con la historia de su lado. Entonces, el petróleo se agotó definitivamente, y para entonces la ética del voluntariado, la cooperación y el trabajo en lugar del esfuerzo se impuso, y las líneas de la NRF proporcionaron la columna vertebral de los viajes de larga distancia y locales en toda la nueva Atopía.

Llegamos puntuales a Nottingham, donde tuve que hacer transbordo para tomar el tren a Grantham. Los trenes locales siempre son los más concurridos y los más peculiares. No en cuanto a puntualidad, que, según dicen, sigue siendo tan buena como siempre, sino en cuanto a la decoración y el material rodante. La línea Brighton–Londres es la mejor en la que he viajado, con plantas en macetas, samovares y una

biblioteca en cada tren, además de todas las comodidades tecnológicas que uno espera.

El tren a Grantham salió puntual, conducido por un septuagenario barbudo con una jovencita con un solo brazo sentada a su lado en la locomotora, aprendiendo el oficio. La gente de Notts–Grantham debió de tener las locomotoras adaptados para personas como ella.

En este tren solo iba hasta Bottesford; después me bajaría y caminaría los últimos once kilómetros hasta Grantham. Prefiero llegar a pie a cualquier ciudad que no conozco. Además, sentía que debía hacer una pequeña peregrinación a Grantham, la cuna de la anarquía, la famosa «Ciudad de la Bandera Negra».

Me senté frente a una pareja con dos niños pequeños. Hice lo correcto y les pregunté qué edad tenían.

El mayor habló primero. “Yo tengo seis años, y Amy tiene...”

El más pequeño intervino: “Ya no soy Amy. Soy Robert. Y tengo cinco años”.

La pareja se rió. —Tiene cuatro años —dijo el hombre—, y siempre está cambiando de nombre. Pronto se decidirá por algún nombre definitivo, como todos nosotros.

Le sonreí a Robert y ella me devolvió la sonrisa. —Tengo una amiga que es astrónoma —empezó a decir. Ese es el único problema de viajar en tren: te encuentras con chicos que saben muchísimo más de muchísimas cosas que tú. Si quieres saber de vanguardia en ciencia o arte, pregúntale a cualquier chico; seguro que conoce a alguien que es cirujano, agrónomo, matrona o astrónomo.

“Han encontrado el Planeta X, ¿sabes?”

No lo sabía, pero escuché y me enteré, hasta llegar a Bottesford.

* * *

El tren zumbaba alejándose por la vía, me eché la mochila al hombro, me bajé el sombrero y salí de la estación con su pintura brillante y macizos de narcisos, juncos y parches de acónito bajo los álamos alrededor del parque de bicicletas. Salí de Bottesford por la carretera de Grantham.

Había algunos ciclistas entrando y saliendo de Bottesford, pero después de un kilómetro y medio tuve la carretera para mí sola. El sol aún estaba bastante bajo en el cielo, a pesar del calor de la primavera temprana, así que caminé por el centro de la carretera. Era extraño pensar que en el pasado caminar por el centro de esta carretera, de cualquier carretera, habría sido un acto suicida. Era difícil imaginar el ruido, la contaminación y el control absoluto que el viejo

motor de combustión interna ejercía sobre la vida en el pasado. En la época medieval, las familias compartían sus hogares con sus animales, pero, absurdamente, en la era del automóvil, ¡compartían sus vidas y hogares con los automóviles! Al menos el estiércol de vaca era útil, a diferencia de los gases de escape de los automóviles. Qué anticuada, tan totalmente obsoleta, parece la era del automóvil. Menos mal que se acabó el petróleo. No es que el automóvil tuviera mucho futuro incluso antes de eso. El enorme programa de construcción de carreteras, junto con los nuevos métodos de producción de automóviles, significó que simplemente había demasiados automóviles en la carretera. La gente dedicaba demasiado tiempo y esfuerzo a pagar sus coches, los impuestos de circulación, el peaje, el seguro, la protección y a quedarse sentada en ellos sin ir a ninguna parte, salvo al siguiente atasco. Como en todo lo demás en el viejo mundo, se dieron cuenta de que tenían que encontrar nuevas formas de vida. Y abandonar el coche significó desarrollar diferentes maneras de trabajar, lo que conllevó una actitud distinta ante la vida, que nos condujo por el camino de la atopia.

Seguí caminando por el camino cálido y tranquilo que atravesaba los campos llanos rodeados de espesos setos y bosquecillos muy trabajados, por un paisaje rural lleno de vida humana y animal. Tenía hambre, pero no veía ningún pub cerca, así que me quité la mochila y me tumbé en la hierba junto al camino para tomarme la botella de cerveza y

los pocos bocadillos que había traído. Pequeñas flores azules y blancas, como estrellas, crecían entre la hierba, y mientras contemplaba una de ellas oí pasos en el camino.

Se acercó un hombre vestido con una larga capa gris y que llevaba un bastón.

—Hola —sonrió—, ¿tienes otra cerveza? —Asintió hacia la botella que yo había abierto.

“Claro, siéntate.”

Rebusqué en mi bolso y saqué otra botella. Él extendió la mano y la tomó.

“Gracias.” Entrecerró los ojos para leer la etiqueta de la botella. “¡Oye! Cerveza Oxford, elaborada en el 'Eagle and Child'. ¡Esa sí que es buena cerveza! ¡Cerveza Oxford!”

Él estaba contento. Yo estaba contenta. Las cervezas de Oxford eran famosas. Brindamos con nuestras botellas. “¡Wassail!”

“¡Salud!”

“Me llamo Jack, Jack-by-the-Hedge. ¿Y tú?”

“Anne Riorden, de Oxford.”

“¿Y qué pasa? ¿Vas la Ciudad de la Bandera Negra?”

"Así es."

"¿Una peregrinación?"

Sonreí. Quizás no debería ir pregonando a los cuatro vientos mi verdadera misión. Quizás el capitalista estaba haciendo su magia a la antigua usanza, volviéndome tan desconfiado como la gente de antaño.

“Sí, estoy en una especie de peregrinación.”

Jack alzó la vista hacia el cielo azul con sus grandes nubes ondulantes. “Un día perfecto para ello. ¡Qué días tan maravillosos vivimos!”

Observé al hombre feliz, de rostro moreno, con su capa y su bastón, y con el fardo de ropa impermeable a la espalda.

—¿Eres un vagabundo? —pregunté.

Sí, así es. Esta es la única vida para mí. Simplemente recorrer caminos, conocer gente, trabajar cuando quiera, comer donde quiera, dormir donde quiera. Sí, soy un vagabundo. Pero paso los inviernos en casa. Me gusta escribir e imprimir mi revista, algo para repartir entre la gente cuando viajo en primavera, verano y otoño.

Comenzó a rebuscar en su bolsa impermeable. Finalmente encontró lo que buscaba: un fajo de pequeñas revistas de bolsillo.

“Oye, tal vez hayas oído hablar de ello; es mi orgullo y alegría.”

“No lo sé, ¿cómo se llama tu revista?”

—Toma —me pasó una copia—, se llama *El jardín de Gandalf*.

Tomé la revista, pequeña y gruesa, y la hojeé entre mis manos. En la portada había una bonita ilustración. "¿Es un grabado en madera?", pregunté, señalando la portada con la cabeza.

“Sí, ¿te gusta?”

“Está bien.”

“Gracias. Todo es obra mía.”

No estaba seguro de si quería que empezara a leerla, así que la abrí y miré la portada, que estaba encabezada por la famosa máxima de Landauer: «El Estado no es algo que pueda ser destruido por una revolución, sino que es una condición, una determinada relación entre seres humanos, un modo de comportamiento humano; lo destruimos contrayendo otras relaciones, comportándonos de manera

diferente». Volví a mirar a Jack-by-the-Hedge. «¿Entonces sigues la tradición?».

“Claro. Pero me gusta pensar en mí mismo como una especie de místico. Un poco del este, un poco de Inglaterra —'Uno de los Señores de la Tierra de Nadie, buen Lob'— un poco de los viejos tiempos incluso, una especie de sucesor de los Nuevos Viajeros.”

“¿Te refieres a la gente que el viejo mundo intentó erradicar y eliminar mediante leyes?”, pregunté.

“Sí, son ellos. Qué curioso, antes yo era ilegal, lo que antes llamaban un criminal. Imagínate, el viejo Jack siendo un criminal”, se rió, echando la cabeza hacia atrás, riendo al ver el cielo despejado.

Terminamos la cerveza y mis sándwiches y continuamos nuestro camino.

“Pronto me iré, dije que ayudaría a un tipo a arreglar su techo allí”, dijo, señalando con el brazo hacia una densa plantación de pinos silvestres.

Caminamos en un silencio amigable. Me cayó bien aquel hombre de la capa gris, que avanzaba con paso firme por el camino iluminado con una pila de libros de *Los Jardines de Gandalf* en su mochila. Abierto y amigable. ¿Quién demonios podría tenerle miedo? Sin embargo, era el hombre del saco de ayer.

Llegamos a una bifurcación en el camino y Jack se volvió hacia mí. "Voy por aquí. Gracias por la cerveza. ¡Elaborada en el 'Eagle and Child', ¿eh?! La cerveza es para mí", sonrió, "Me gustaría volver a verte, Anne".

“Tal vez lo hagamos.”

Se marchó, le lancé un beso y cruzó una verja hacia un campo arado. Volví a mirar hacia el camino. Durante un rato pude oír su voz cantando aquella famosa canción, «Esta tierra es tu tierra»¹. Como él decía, era un poco de todas las tradiciones.

¹ "This Land Is Your Land" ("Esta tierra es tu tierra") es una de las canciones más famosas de la música folk de Estados Unidos. La letra la escribió Woody Guthrie en 1940.

Capítulo III

EN LA CIUDAD DE LA BANDERA NEGRA

Estas son las llanuras, pero ya estaba bastante cerca de Grantham cuando vi la primera de sus famosas banderas negras. La ciudad está rodeada por ellas, un bosque de tela negra ondeando al viento que cruza el Mar del Norte, recorre rápidamente The Wash y se apresura a dar vida a las banderas negras de Grantham. La primera ciudad en declararse libre del gobierno, libre de la coacción y la imposición. La primera ciudad en declararse unánimemente a favor de la cooperación, la no violencia y la asociación voluntaria. Grantham: la ciudad de la bandera negra.

Pero, ¿había algo turbio en el corazón de Atopía? ¿De verdad había un capitalista en Grantham? ¿Y era el último o el primero que habíamos tenido? Caminando entre la larga

avenida de banderas negras hacia el pueblo, me costaba creer que pudiera existir alguna relación entre Grantham y el capitalismo. Parecía tan absurdo, tan increíble. Y la idea de preguntar a la gente por un capitalista en medio de sus banderas negras me parecía ridícula.

Una ciclista se acercaba lentamente, dejando que su bici serpenteara por la carretera con un aire relajado y sin rumbo fijo. Sonrió al acercarse. «¡Hola! ¿Eres peregrina?». Se detuvo y bajó de la bici, empujándola hacia mí. Era una mujer menuda y morena, con el pelo largo, negro y cuidadosamente trenzado.

—En cierto modo —respondí. Todavía no había decidido cómo abordar a la gente más allá del capitalismo. Me estaba convirtiendo en una especie de detective privado, que ni siquiera sabía hacer las preguntas adecuadas.

—¿De qué manera? —preguntó, mirándome con los ojos muy abiertos.

—En realidad —dudé—, estoy aquí en representación de la Reserva Federal del Este. Estoy aquí por asuntos relacionados con el capitalismo.

Ella rió, una risa clara y ligera que evocaba arroyos cristalinos y el sol. «¡Ah, eso! Nuestro famoso capitalista. Se ha ido, o ha desaparecido. En fin, se ha ido. Esa es la palabra.»

“Se ha ido. Sí, creo que ya lo sabía.”

Me miró con lástima.

“No es tan tonto como parece”, dije, “aún necesito averiguar todo lo que pueda sobre vuestro famoso capitalista”.



Ella volvió a reír. «No entiendo por qué». Empezó a subirse de nuevo a su bicicleta. «Pero si de verdad te interesa, deberías visitar "The Woolpack"; el dueño dice que conoció al capitalista».

Empezó a alejarse en bicicleta, gritando por encima del hombro: "Pero yo diría que ha estado bebiendo demasiada cerveza".

“Gracias. Iré a ver. La cerveza y al casero, quiero decir”, le grité a la ciclista que seguía su camino sin rumbo fijo.

La vi alejarse, llevándose consigo su risa alegre y espontánea. No me había dicho dónde encontrar «The Woolpack», pero no debería tener problemas. Los pubs eran realmente el centro de la vida comunitaria en Atopía. Eran los grandes centros de actividad cultural y social para todos, no solo para los bebedores de cerveza. Sin nuestros pubs no seríamos nada, no habría utopía. Pero no siempre había sido así. En el pasado, antes del gran movimiento popular por una vida mejor, los pubs habían estado en manos de una pequeña camarilla de cerveceros. Eso en sí mismo era difícil de imaginar: pubs que no vendían su propia cerveza elaborada allí mismo, sino que dependían de enormes fábricas de cerveza. ¡Qué horror! Pero era peor, ya que desde finales del siglo XX las grandes cerveceras habían empezado a exprimir a sus inquilinos, obligándolos a marcharse con aumentos de alquiler cada vez mayores y cerrando pubs por toda Gran Bretaña. Ese había sido otro de los cambios que ayudaron al crecimiento de la vida autónoma. Así como las actividades de los oligopolistas ferroviarios propiciaron una mayor independencia, el cierre masivo de pubs impulsó el surgimiento del movimiento de posadas independientes, respaldado por uno de los pocos movimientos de protesta de base que realmente tuvieron éxito contra el antiguo régimen: CAMRA. Aquellas personas, al igual que los rebeldes del Movimiento contra el Impuesto

de Capitalización de finales del siglo XX, fueron auténticos héroes.

* * *

Entré lentamente en Grantham, cantando fragmentos de «Él es el hombre, el hombre muy gordo, que le da de beber a los trabajadores...» y buscando con la mirada «The Woolpack». Tenía sed, se estaba haciendo tarde y me vendría bien una cama.

Necesitaba indicaciones, así que crucé la calle para preguntar en un edificio de grupos.

Casas nuevas. Pasé por debajo de un letrero que anunciaba que las casas en este terreno estaban siendo construidas por la "Asociación de Autoconstrucción Colin Ward", y atravesé montones de escombros para hablar con un joven que paleaba hormigón fresco de una hormigonera eléctrica a una carretilla. Levantó la vista cuando resbalé con unas baldosas rotas.

“Hola. Cuidado con esas baldosas”, sonrió, y siguió echando cemento con la pala.

—Menos mal que me avisaste —dije—, si no, podría haberme resbalado. Se rió y dejó de palear. —¿Una irónica, eh?

“No, soy programadora informática y experta en invernaderos, por si te interesa saberlo.”

Gimió y se acercó para estrecharme la mano. Dejé que me frotara un puñado de cemento en la palma, y luego dije: «¿Podrías ayudarme? Estoy buscando "The Woolpack". ¿Por dónde se llega?».

No respondió a mi pregunta, pero dijo: "Pensaba que no eras de por aquí".

—Tú tampoco, por cierto —respondí.

«Bueno, ya me levanté del humo. Me apetecía trabajar un tiempo en un pueblo pequeño. Y —señaló con la cabeza las casas sin terminar—, me gusta construir, me hace sentir bien. En pequeñas dosis, claro. Me iré cuando hayamos terminado estas dos últimas. No me importaría trabajar en telecomunicaciones un tiempo. Tengo formación en transmisores de onda caliente ».

Obviamente iba a hablar un buen rato. ¿Qué más da? No tenía prisa y me gustaba mirarlo. Tenía unos bonitos ojos marrones y los vaqueros le quedaban bien.

“Hemos construido casas estupendas aquí”, continuó, “con la última tecnología. Prácticamente no supondrán un gasto excesivo de recursos. Son de las mejores casas ecológicas que encontrarán en Black Banner. Y es un placer trabajar con la gente de Ward. Sí”, se rascó el pelo corto, dejando que la

barba azulada se deslizara bajo sus dedos, “sí, he disfrutado trabajando aquí”.

Me asombró que un chico como este pudiera hablar tanto.

“Y también han sido generosos, me han dado una bonificación de diez vales de trabajo a la semana, además del vale por el trabajo realizado. Y aquí tienen unos artesanos y artesanas buenísimos. Hay un tipo llamado Jacques Le Goff, un galés, que puede hacer cualquier cosa, y digo cualquier cosa, con un trozo de piedra. El mejor cantero que he conocido jamás.”

El chico de aspecto rudo dudó y aproveché la oportunidad. «Sí, suena genial. Pero, ¿podrías decirme cómo puedo encontrar "The Woolpack"? Me vendría bien una pinta y algo de comer».

¿'The Woolpack'? Sí, sin problema, justo al otro lado de la calle, a la vuelta de la esquina. Un sitio agradable. Me he estado quedando allí. Buena cerveza, y un pequeño bosquecito en la parte de atrás, a los niños les gusta jugar allí. Nos vemos allí más tarde, siempre me tomo unas copas antes de irme a dormir —me sonrió, casi con picardía, pensé—. Aun así, le quedaban bien esos vaqueros.

—Gracias —dije, resbalando de nuevo sobre las baldosas rotas y retrocediendo hacia «The Woolpack».

“¡Cuidado con esas baldosas!”, gritó, y luego volvió a mirar el cemento.

Pasé por debajo del letrero de Colin Ward y volví a la carretera. Autoconstrucción. A menudo me preguntaba cómo habíamos construido nuestras casas si no era por nuestra cuenta. ¿De qué otra forma se podía hacer? ¿Cómo se podía conseguir la casa que uno necesitaba, que se ajustaba a sus requisitos, necesidades y deseos individuales? ¿Y cómo se podía crear una comunidad desde el principio? Los grupos de autoconstrucción, como todos los demás, recurrían a trabajadores adicionales como el chico con el que había estado hablando, pero todos los grupos de autoconstrucción tenían algo en común: si querías vivir en las casas del grupo, tenías que trabajar en ellas. Me reí a carcajadas. ¿Cómo demonios construíamos casas? Ni burócratas ni especuladores, sino autoconstrucción.

* * *

El pub «The Woolpack» se encontraba apartado de la carretera, con un jardín repleto de bulbos primaverales en su fachada. Árboles frutales trepaban por la parte delantera del pub y a lo largo de un muro de ladrillo rojo que se extendía desde el lado izquierdo del edificio. Por encima del muro, pude ver una mezcla de árboles, cada uno cubierto de sutiles toques verdes. Un gato yacía acurrucado entre unos narcisos junto a la puerta. Me incliné y lo acaricié antes de abrir la puerta y entrar.

Había un bebé dormido en una cesta sobre la barra. Respiraba suavemente, durmiendo plácidamente, ajeno a las voces y risas de la docena de personas que se encontraban en la amplia sala, adornada con imágenes del antiguo Lincolnshire y de diversos héroes del pasado: el general Ludd, el capitán Swing, Bakunin, Wat Tyler, Bart De Ligt, Proudhon, William Cobbett, Fred Woodworth e incluso un Robin Hood de aspecto bastante proletario. Aquello me pareció dudoso, pero ¿y qué?

Un tipo corpulento con una enorme barba gris estaba detrás de la barra, bajo un retrato gigantesco de Kropotkin. El hombre de la barba gris extendió sus gruesos brazos y se acercó a los grifos, sonriendo y diciendo: "¿Qué le puedo preparar, amiga?".

Dejé mi bolso y me acerqué a la barra. —Una pinta de la mejor cerveza, señor. Aquello parecía sacado de una escena victoriana con farolas de gas, pero al hombre corpulento no pareció importarle. Bajó una jarra de peltre y sirvió la pinta; el asa esmaltada parecía diminuta en su enorme mano. —También busco dónde dormir esta noche, ¿me puede ayudar? —pregunté.

Volvió a sonreír. «Claro, hay muchas camas en esta época del año; los Errantes aún no han salido a la carretera. Pronto dormirás tan plácidamente como Errico», dijo, señalando al bebé dormido.

—¿Es tuyo? —pregunté.

No dijo nada, solo dejó que su sonrisa se ampliara hasta partirle la barba por la mitad. Sí, el plácidamente dormido Errico era suyo.

El dueño del local se acercó a la barra y cogió mi bolso. "Te llevo el bolso arriba. ¿Tienes hambre?"

Es la una.

—¿Qué prefieres, pastel de caza, haggis vegetariano o bocadillos de ternera?

—Los bocadillos de ternera me parecen bien —respondí.

Se acercó a una pequeña puerta blanca, la abrió, ocupó el espacio que se revelaba y luego se volvió hacia mí. "¿Nos echarás una mano mientras estés aquí, o...?"

"Si puedo. Si tienes un invernadero o necesitas ayuda con tecnología avanzada, ordenadores, bicicletas..."

"Una charla sobre ordenadores estaría bien."

—Muy bien —le dije sonriendo.

Barba Gris asintió y desapareció tras la puerta blanca. Bebí mi cerveza, observé a Errico, esperé mis bocadillos de carne y a mi anfitrión, quien, esperaba, podría darme mi primera pista real en el caso.

Diez minutos después reapareció con una enorme pila de bocadillos de carne, cebolla, apio y queso en la mano. Le agradecí la comida. Me miró con más atención. —¿No eres una vagabunda, verdad? —preguntó.

“No, no lo soy.” Todavía no había decidido cómo abordar la pregunta a la gente sobre el capitalismo, y no quería empezar diciéndole a Barba Gris que era detective, dando por sentado que él sabía lo que eso significaba.

Mi nombre es Anne Riordan, ¿y el suyo?

—Maximillian Arbuthnot —dijo con una sonrisa—, por el momento.

“Preparas una cerveza excelente, Maximiliano.”

“Lláname Max.”

“Buena cerveza, Max.”

—Debería ser así —dijo con una sonrisa orgullosa, casi tan grande como la que le había dedicado al dormido Errico—, solo los mejores ingredientes. Yo mismo viajo a Kent para elegir el lúpulo, y puedo asegurarte que sé de lo que hablo.

“Puedo saborearlo.”

Le di otro mordisco a mi bocadillo de carne y miré a Max. Sentí que necesitaba hablar un poco más antes de abordar

el tema del capitalista. Maldita sea, habría sido mucho más sencillo en la época de Marlowe —es Philip, no Kit—, solo habría tenido que agitar un billete doblado delante de Max y me habría dado la mercancía. Bueno, me habría contado un montón de mentiras, pero yo habría sabido ver a través de ellas. Era una pena que la gente hubiera perdido la costumbre de mentir; debió de haber simplificado todo tanto en aquellos tiempos, simplemente desconfiabas de todo el mundo. Sabías a qué atenerte. Pero Max... ¿Quién podía desconfiar de él, el gran cervecero niño?

“¿Cómo gestionáis el intercambio con los productores de Kent?”, pregunté.

Eso fue astuto, sería una introducción al capitalismo. Estaba adoptando mi personalidad del siglo XX.

«Certificados de trabajo de la Federación Oriental. Están muy contentos con eso por allá. No producen muchos certificados propios en Kent, pero usan los nuestros, son buenos en toda Atopía. También hacemos algunos intercambios directos», se rió, y digo rió de verdad. Cuando el Woolpack dejó de temblar, continuó: «Algo así como carbón a Newcastle. Lo cambio por mis manzanas. Manzanas a Kent, ¿qué tal? Pero», se inclinó hacia mí al otro lado de la barra, «tengo la ayuda de una gran agricultora aquí, es la mejor trabajadora con manzanas que he visto en mi vida. Podría injertar un manzano en una ortiga. Y también es una excelente tornera».

Asentí. “Manzanas y vales de trabajo. Vales de la Reserva Federal del Este, los he visto varias veces en Oxford. Allí producimos nuestros propios vales de trabajo locales. ¿Cuánto tiempo son válidos sus vales?”

Actualmente seis meses, pero hace unos años los delegados de la Reserva Federal votaron a favor de una prueba de un año y se baraja la posibilidad de un periodo intermedio, quizás nueve meses. El Woolpack es una agencia de verificación, al igual que todos los pubs y oficinas de correos de Grantham.

* * *

De repente, una multitud irrumpió en el bar pidiendo cerveza y comida. Max se disculpó y empezó a servir la cerveza, mientras dos de los recién llegados fueron a la cocina, detrás de la barra, a preparar la comida. Me quedé con Errico, que seguía durmiendo, mis bocadillos y la cerveza. Empecé a pensar en el sistema de vales de trabajo, una de las formas en que las economías de Atopía seguían funcionando y la principal manera en que recompensábamos el trabajo que se realizaba completamente en el ámbito privado, como las tareas domésticas. El sistema de vales de trabajo era otra idea preutópica que había ayudado a construir el mundo alternativo que dio origen a Atopía. El sistema surgió de la semiformalización de la economía sumergida, como se la llamaba extrañamente, en la década de 1980, cuando grupos

locales de personas desarrollaron formas cada vez más sofisticadas de evadir los impuestos del gobierno. Formando grupos informales de trabajadores, las personas podían intercambiar un servicio directamente por otro —tú pintas mi casa, yo arreglo tu coche, ese tipo de cosas— o emitir vales de crédito por el trabajo realizado que podían canjearse con diferentes personas del grupo. Poco después de este desarrollo espontáneo, resurgió el interés por las teorías de Silvio Gesell, quien propuso un sistema de vales de trabajo que funcionaba como medio de cambio pero no como reserva de valor, evitando así la acumulación de capital y el préstamo de dinero con intereses. La idea de Gesell se adaptó posteriormente a las nuevas necesidades de la recién establecida Atopía. En lugar de tener que comprar sellos al gobierno para mantener vigente el vale de trabajo, cada comprobante de trabajo realizado, el Vale de Trabajo, tenía una vigencia limitada a un número determinado de meses, tras los cuales perdía su valor. Así, era necesario gastar el «dinero», que carecía de valor intrínseco y era simplemente un comprobante de trabajo realizado que podía utilizarse como medio de intercambio. Al entregar el Vale de Trabajo a otra persona, esta lo llevaba a un centro de verificación donde se estampaban sus iniciales y la nueva fecha de inicio.

* * *

Errico se despertó, me miró con esa sorpresa repentina con la que los bebés recién despiertos miran a cualquier cosa, y luego se rió. Le sonreí, pero no le gustó y volvió a cerrar los

ojos. Max se acercó y miró dentro de la cesta. "¿Ya te despertaste, Errico, mi pequeño amigo?"

El bebé abrió los ojos al oír la voz de Max, se movió, agitó las manos y soltó una risita baja y entrecortada. Max sacó a Errico de su cesta y me lo presentó. «Es un niño muy alegre, siempre sonriente».

Abracé al sonriente Errico y le devolví la sonrisa a Max. Debíamos parecer unos tontos, tres idiotas sonrientes.

—¿Otra cerveza? —preguntó Max señalando mi vaso vacío.

"Por favor."

Errico se acurrucó contra mí hasta que Max regresó del surtidor con mi cerveza. Intercambiamos al bebé y la cerveza, y brindé por Errico: "¡Salud, pequeño!".

Errico parecía complacido.

“Max, estaba pensando en Work Scrip; es una forma tan sencilla de tener un tipo de dinero con todas sus ventajas para el intercambio y la vida económica, pero sin ninguno de los inconvenientes de fomentar y permitir la actividad delictiva, que te hace preguntarte por qué a la gente no se le ocurrió antes.”

Max parecía desconcertado. "¿Gánsteres? ¿Qué son cuando salen?"

"Me disculpo, me interesa la historia del siglo XX, a veces me dejo llevar y empiezo a imaginar que estoy viviendo en esa época."

Max parecía sorprendido: "¿Para qué demonios querías hacer eso?"

Sentí que me ponía rojo. "No te preocupes, Max, todos somos un poco excéntricos de donde yo vengo. Pero antes había muchos gánsteres. ¿Has oído hablar de un tipo llamado Al Capone?"

—No, no puedo decir que lo haya hecho —respondió Max.

"Era un criminal en Estados Unidos, eso fue en los años 20 y 30. Ya sabes, ese tipo de cosas que solían hacer: paga o tendrás un accidente; vendía sexo, drogas, alcohol, ese tipo de cosas."

Max hizo que Errico se moviera de arriba abajo. "Ahora estoy contigo".

"Bueno, Capone dijo una vez que él solo se dedicaba a actividades ilícitas y que no había diferencia entre él y los capitalistas comunes; 'los negocios no son más que actividades ilícitas legítimas', dijo."

—Ahora ya sé dónde estás —exclamó Max—. ¿Por qué no dijiste simplemente capitalistas o criminales? Así habría sabido de qué hablabas. ¿Gánsteres, eh? Eso sí que es nuevo para mí.

Le puse una cara graciosa a Errico, quien me siguió el juego con un gorgoteo. Luego respiré hondo y hablé: «En realidad, Max, de eso se trata mi visita. La Reserva Federal del Este me ha pedido que investigue este asunto capitalista en Grantham y entiendo que tú estás al tanto».

Max me miró fijamente. Sentí que me sonrojaba de nuevo. No lo estaba haciendo muy bien para ser una detective privada curtida, pero claro, no soy una detective privada curtida. Lo que me incomodaba era la mirada de desconfianza en los ojos de Max. Era algo que no se veía a menudo. Empecé a preguntarme si estaba trayendo algo desagradable del viejo mundo a Atopía.

Por fin Max dejó de mirarme con lupa.

—Sabía que habían decidido contratar a alguien para buscar al capitalista. Supongo que simplemente me sorprende un poco que haya sucedido. —Max volvió a sonreír—. Lo siento, es que... ¿a quién le gustaría pensar que algo del pasado reaparece? Pero tienes razón, sí que lo conocí...

"¿A él?"

“Él. Un tipo alto. Traje gris anticuado, pelo rubio, se hacía llamar Carnegie.”

¿Dónde lo conociste?

“Aquí mismo, justo donde estás sentada. Estaba diciendo un montón de tonterías, así que no me di cuenta de quién era hasta que los Enojados empezaron a armar un escándalo por él y las implicaciones para Atopía.”

“Cuando dices que decía muchas tonterías, ¿a qué tipo de tonterías te refieres?”, pregunté.

“Bueno, me propuso un trato, dijo que había ganancias en ello.”

“¿Ganancias?”

—Sí —rió Max—, pero había estado bebiendo y no entendía bien de qué hablaba. Dijo que con su ayuda podría hacerme rico con inversiones en Kent. Pero cómo, no me preguntes, con su lenguaje tan raro y la cerveza que había bebido, todo estaba un poco borroso. En fin, al final se fue y no lo he vuelto a ver.

—¿Cuándo fue esto? —pregunté.

“Hace tres meses, o tal vez más, no lo recuerdo. En aquel momento no me pareció importante.”

“¿Sabes si alguien más lo vio?”

“Este tema surgió en las reuniones locales y en la gran reunión de la Reserva Federal, pero parece que fui la última persona en verlo, al menos en Grantham.”

“¿Dijo adónde iba?”

Max negó con la cabeza. "Si lo hizo, no lo recuerdo, lo siento".

“¡Max, Max! ¡Ven y únete a nosotros para una partida!” Una mujer alta y delgada estaba junto al tablero virtual llamando a Max. Max asintió, se disculpó conmigo y dijo que nos veríamos luego. Él y Errico se fueron a jugar una partida virtual.

Si Max tenía razón, y no veía por qué no la tendría, había llegado a un callejón sin salida casi antes de empezar. Buscaba a un hombre de traje gris y pelo rubio llamado Carnegie, o quizás ya no. No sabía adónde había ido ni qué hacía, y no parecía que fuera a averiguarlo. Miré el fondo de mi vaso y me sentí mal. Una mano me tocó el hombro y me giré para ver al joven obrero de la construcción con los vaqueros que le quedaban bien. De repente, ya no me sentí tan mal.

Capítulo IV

ZAPATEROS Y COOPERATIVAS

Los vaqueros ajustados se habían ido temprano y solo quedaba el ligero regusto a sexo, cerveza y cemento. Yacía en la estrecha y desordenada cama y observaba cómo se levantaba el polvo con los rayos del sol de la mañana. No había avanzado mucho y no parecía que fuera a llegar más lejos por el momento. Cerré los ojos y repasé el caso. No había mucho que repasar. El capitalista era un hombre, un hombre con un traje gris que se hacía llamar Carnegie, al menos lo era la última vez que se supo de él. Eso fue hace unos tres meses, cuando se fue de Grantham. Max había hecho algunas averiguaciones más entre sus habituales, pero nadie tenía ni idea de adónde había ido. Lo único seguro era que no estaba en Grantham, y eso era todo. Quizás fue una suerte no haber vivido en el Los Ángeles del siglo XX, no

habría durado mucho. Habría acabado en el comedor social y en la jungla de vagabundos, o tal vez algo peor como convertirme en una estrella de Hollywood. Ojalá hubiera tenido tanta suerte.

Me quedé en The Woolpack el tiempo suficiente para echarle una mano a Max con su ordenador, limpiar algunas habitaciones y preparar algunas comidas. Después me despedí y me marché del pueblo de las banderas negras. Fue Max quien me dio la idea. ¿Por qué no probar Lincoln?, sugirió. Allí era donde los Obstinados Negativos hacían más ruido, quizás el capitalista estaba en Lincoln. No se me ocurrió nada mejor, así que cogí el tren a la ciudad, después de enviar un fax urgente a la Reserva Federal del Este contándoles cómo me iba. Fue un fax breve.

* * *

Lincoln es una ciudad con una doble personalidad, o al menos así debió ser en el pasado. La catedral y el casco antiguo se alzaban sobre el imponente promontorio rocoso que domina el paisaje a kilómetros a la redonda, mientras que la zona comercial de Lincoln se extendía bajo la ciudad, sagrada y pintoresca, en la cima de la colina. Pero los proyectos urbanísticos de Atopía lo habían cambiado todo, pues el casco antiguo ya no rebosaba de tiendas de antigüedades, abogados y gente adinerada. Pequeños talleres y centros de reparación se habían instalado en él, y

ahora era tan bullicioso como el resto de Lincoln, y ya no solo frecuentado por los turistas de antaño.

Me dirigí lentamente hacia la catedral, pensando que tenía un verdadero problema entre manos. ¿Cómo demonios iba a averiguar qué tramaban los Enojados? Eran tan rematadamente reservados, como cualquier secta. ¿Y de qué me serviría eso para encontrar al capitalista, si es que seguía en la ciudad? Necesitaba un aliado, o al menos un informante. Pero ese era otro concepto que había quedado en el pasado.



Dejé mi mochila en un albergue para vagabundos y luego salí a dar un paseo por el casco antiguo. No tardé mucho, el viento helado y la lluvia me empujaban rápidamente por las calles y la catedral. Como la mayoría de los antiguos lugares

religiosos, estaba habitada por pequeños grupos de teístas pertenecientes a docenas de pequeños cultos, y grupos seculares como los Indignados. En cierto modo es extraño que vivan unos al lado de los otros, teístas y ateos. Pero tenían algo en común, algo que ellos reconocían, supongo. Todos buscaban otro mundo, ya fuera el paraíso cristiano o un Estado obrero. Los pobres incautos no se daban cuenta de que ya lo habíamos encontrado, o al menos lo que podíamos obtener de ello en este momento. El paraíso, quiero decir. Atopía.

Mis andanzas me habían empapado y me habían llevado hasta un escaparate lleno de zapatos, botas y libros, todos amontonados. Un letrero sobre la puerta decía: «Albert Lenantais – Zapatero». Abrí la puerta y entré.

Uno tiene la impresión de que las zapaterías son una de las cosas inmutables de la vida. Siempre huelen igual: pegamento, cuero quemado por la fricción, mezclado con el calor residual de incontables pies. Para completar el ambiente, suele haber un zapatero pequeño y de aspecto juvenil, con gafas de media luna y encorvado. Albert Lenantais no decepcionaba. Antes de que la campanilla de la puerta dejara de sonar, un hombrecillo moreno, de pelo gris, apareció desde el fondo del taller. Se detuvo bajo un cartel que colgaba del techo anunciando «NI DIOS NI AMO». Asentí con la cabeza al ver el cartel: «Un poco anticuado, ¿no?».

Se rió. «No cuando viene la gente de la catedral a arreglarse los zapatos». Volvió a reír. «Todavía no se acostumbran a Atopía, aún les irrita». Me examinó. «Pareces mojada, ven por la puerta de atrás y sécate».

Caminé bajo el viejo lema anarquista y seguí al zapatero.

Ni dios ni amo. Los antiguos son los mejores.

La parte trasera del taller era estrecha y angosta; la pequeña habitación contenía una cama, una estufa y paredes que crujían bajo el peso de los libros.

—¿También te dedicas a la venta de libros, Lenantais? —pregunté.

—Llámame Albert —dijo con acento francés—. No, soy coleccionista. Si tienes algo que me interese, te arreglo los zapatos a cambio de algo. Toma, dame tu chaqueta.

Me quité la chaqueta y él la colgó junto a la estufa. Parecía coleccionar propaganda y escritos anarquistas antiguos, material pre-atópico. Tenía una biblioteca interesante. Un ejemplar bien encuadernado de *Noticias de ninguna parte* yacía sobre una mesita cerca de mí.

“Tienes cosas muy buenas aquí, Albert.”

“Debería ser así, llevo cuarenta años coleccionando.” Se inclinó sobre su cama y sacó un viejo libro encuadernado en

cuero de un estante hundido que parecía hacer que dormir fuera una tarea peligrosa.

“Sí, cuarenta años coleccionando, mira esto, por ejemplo.”

Tomé el libro y leí el título en relieve de la portada, *Varios panfletos y sallies atribuidos a Gerrard Winstanley*. Miré hacia arriba a Lenantais.

“Por supuesto, la encuadernación es mucho más reciente, del siglo XVIII, pero es auténtico. Y hay algunas cosas que no encontrarás en las ediciones actuales.”

El viejo zapatero recuperó el libro y contempló en silencio los *Broadsides* y los *Sallies*. «Winstanley», murmuró, «él era el hombre que dijo: “Mientras haya gobernantes que llamen suya la tierra, que defiendan esta particular propiedad de lo mío y lo tuyo, el pueblo jamás tendrá su libertad, ni la tierra se librará jamás de los problemas, la opresión y las quejas”», citó.

“Pero nos llevó bastante tiempo escuchar a los Winstanley”, dije.

Lenantais se rió: «Pero lo hicimos, y la espera de cuatrocientos años significa que hay un montón de libros y panfletos antiguos para que un loco como yo los coleccioné. Te sorprendería la cantidad de gente que hablaba de anarquía, que hablaba de utopías».

Asentí con la cabeza. “Sí, yo también he leído un poco. Me gusta pensar que soy una especie de historiadora de los tiempos antiguos”.

—¿Una historiadora, eh? —Lenantais sonrió ampliamente—. Presiento que se avecina una buena charla esta tarde, un momento.

Lenantais volvió a entrar en la tienda y lo oí bajar la persiana de la puerta; luego regresó. «Así no entrarán. ¿Un café o un vaso de cerveza de Imp²?»

“La cerveza del pícaro me vendrá de maravilla.”

“Sabia mujer. En fin, me queda poco café. No es fácil de conseguir. Pero la cerveza Imp's Ale es la mejor.”

Lenantais echó un par de leños a la estufa, haciendo saltar chispas a mis pies, luego rebuscó debajo de su cama y finalmente sacó media caja de cerveza. "Con esto nos basta", murmuró para sí mismo.

Por suerte, el zapatero parecía inmune al poder de la cerveza Imp's Ale y se bebió casi toda la caja. Yo solo cogí tres botellas, pero ya me sentía mareada cuando empezó a oscurecer. O quizás fue el conocimiento enciclopédico de Lenantais sobre los antiguos escritos anarquistas. A mitad de la segunda botella, empecé a pensar que había cometido un

2 Diablillo, pícaro, pillín.

error al entrar en la pequeña zapatería a la sombra de la catedral. Y lo que era peor, no encontraba la manera de introducir el verdadero motivo de mi visita en la conversación. Lenantais parecía tan absorto en sus conversaciones sobre diferentes ediciones, fallos textuales y autoría disputada que no sabía cómo decirle que estaba tras la pista de un capitalista, o que los Indignados podrían estar poniéndose peligrosos.

Pero Lenantais me solucionó el problema.

—Tengo una pregunta tonta para ti, Albert —dije en una de las pausas de su monólogo histórico-literario, provocada por su forcejeo con otra botella.

—Adelante —dijo, agitando la mano libre—. Adelante. Las preguntas tontas son mi especialidad.

“¿Por qué ese nombre? No reconozco a Albert Lenantais entre ningún héroe de antaño.”

“¿Ah, ‘1927: el centro vegano y los anarquistas’ no te suena de nada?”

“Nada, Albert, nada.”

“¿Leo Malet?”

Negué con la cabeza.

“Bueno, Léo Malet fue un cantante y escritor anarquista francés. Escribió decenas de libros bastante malos sobre un personaje llamado Nestor Burma.”

Una de ellas se titula *Niebla en el puente de Tolbiac* y la historia se centra en un grupo de anarquistas que frecuentaban un centro vegano en el París de los años 20. Nestor Burma es uno de ellos y años después descubre que la mayoría de los demás se quedaron en el camino en lo que respecta a su compromiso con la anarquía. Todos excepto Albert Lenantais, claro. Solo que él es asesinado. "¿Asesinado?"

El zapatero se rió: "Sí, la gente solía comprar libros como ese en los viejos tiempos, ¿sabes? Este tal Nestor Burma era lo que se llamaba un detective privado".

“¡Ya lo creo!”, dije riendo.

Después de eso, todo fue fácil. Logré que Lenantais dejara de contarme la historia de la novela policíaca y, en cambio, se centrara en mi caso. Al viejo no le extrañó que la Reserva Federal del Este estuviera algo preocupada por la idea de que un capitalista les diera a los Obstinados Negativos la oportunidad de hablar de armas y lucha; de hecho, Lenantais había notado que los Enojados parecían más fanáticos de lo habitual. Se habían dedicado a citar los aforismos de Trotsky y Lenin de la época de la Guerra Civil Rusa, la primera, claro. Todo lo de siempre sobre disciplina y control.

“El martes tuve aquí a uno de los Indignados. Es un buen tipo. Solo lleva dos años con ellos, así que todavía sería lo que los Indignados llaman un 'novato revolucionario', que es el nivel más bajo que tienen”, explicó Lenantais.

"¿Califican?"

—Sí —rió—, tienen todo un sistema de grados, desde novatos hasta « Archiproletarios ». Todo por su obsesión con la «disciplina revolucionaria». En fin, este tipo empezó a citar un periódico leninista de la época en que esa mujer, Fania Kaplan, intentó asesinar a Lenin: «Mataremos a nuestros enemigos por cientos, que sean miles, que se ahoguen en su propia sangre, que haya inundaciones de sangre de la burguesía, tanta sangre como sea posible». Ese tipo de cosas, ya sabes, locura estatista autoritaria. Albert se encogió de hombros y me miró con tristeza.

“¿Y dices que solo recientemente han empezado a hablar así?”

Sí. Normalmente citan cosas como que Lenin era "tan poderoso como el océano, tan tierno como el sol del sur", ese tipo de cosas. Pero ahora que me has contado sobre este maldito capitalista que anda por ahí, entiendo qué les pasa. Se están volviendo apocalípticos, ¡pronto será la segunda venida del trotskismo! ¡Qué idiotas!

Las noticias de Albert me despejaron la mente de la confusión que rodeaba a Imp's Ale. De repente, todo parecía mucho más serio de lo que yo o la Reserva Federal habíamos imaginado. Parecía una carrera contrarreloj. Necesitaba encontrar a ese capitalista, Carnegie, rápido, y tenía que averiguar qué tramaba.

Albert, necesito tu ayuda. Por primera vez desde que salí de Oxford, siento que algo realmente malo está sucediendo en Atopía. Hasta que escuché tus noticias, supongo que pensé que todo era una broma; ¡un capitalista en Atopía! Pero podría haber algo de cierto en la conexión con los Indignados. Si de verdad están pensando en "sangre y más sangre" por culpa de este capitalista, entonces tengo que encontrarlo, y rápido. Y debo admitir que no tengo ni idea de dónde encontrarlo, pero puede que los Enojados lo sepan. Así que necesito meterme entre ellos. Pero no tengo contactos aquí, excepto tú.

El zapatero me miró fijamente por encima de sus gafas, con los ojos tristes y vacíos. ¿Sería por la media caja de cerveza Imp's Ale o por una vaga percepción del resurgimiento del conflicto y la matanza, del capitalismo y el estatismo? ¿Acaso la imaginación histórica de Lenantais evocaba demonios ancestrales para perturbar el equilibrio y la armonía de Atopía?

“¿En qué puedo ayudar? Solo soy un viejo zapatero coleccionista de libros”, dijo.

“Pero conoces a algunos Indignados de la catedral, tú mismo lo has dicho.”

“Sí, vienen aquí, les arreglo las botas, me sermonean basándose en sus textos, pero eso es todo. No me interesan ni ellos ni su vida aislada, y desde luego a ellos no les intereso yo, uno de los no elegidos, un reformista, un sindicalista o lo que sea que piensen que soy, junto con el resto de la población.”

Se me ocurrió que Lenantais estaba asustado, que las conversaciones sobre sangre y guerra lo habían aterrorizado. No me extrañó, a mí también me asustaba. Los primeros indicios de una enfermedad social, todo por el rumor del capitalismo. Pero tenía que conseguir la ayuda del anciano; era mi único contacto en Lincoln, y no creí tener tiempo para buscar otra ayuda.

“Albert, tienes que ayudar. Esto podría ser algo muy importante, te das cuenta, lo veo. Vale, no eres cercano a los Obstinados Negativos, pero sabes más de ellos que yo. Debes tener algún contacto, algún conocimiento que me permita infiltrarme entre ellos y averiguar qué está pasando. Por favor, Albert, esto podría ser crucial para Atopía. ¡Diablos, no querrás volver al pasado, ¿verdad? Muerte, sufrimiento, competencia, odio, miedo y unos cuantos Winstanleys hablando solos.”

La mención de Gerrard Winstanley pareció surtir efecto. Quizás Lenantais imaginó que el mundo se volvería a poner patas arriba, pero, esta vez, en la dirección equivocada.

—Tienes razón. Pero sigo sin ver... —se detuvo, dio un trago a su vaso y se quedó quieto, saboreando la cerveza—. Creo que conozco al hombre que necesitas. Se llama Jack Jackson y es miembro de la cooperativa "Green England Co-op". Quizás la hayas visto al llegar a Lincoln en tren; es un lugar grande, pintado de verde y marrón, rodeado de huertos, con una bandera verde, blanca y roja ondeando sobre él. En fin, Jack podría ser quien buscas.

“¿Cómo es eso? Si está involucrado en la producción de algo, seguramente no es un Indignado.”

“No, él no es un Indignado, pero está enamorado de una de ellas. O quizás debería decir que está obsesionado con una de ellas, una hermosa pelirroja llamada Beatrice. Pero ya sabes cómo son, no les gusta que su gente se acueste con el resto de nosotros, así que el pobre Jack se pasa el día en sus reuniones mirando a Beatrice con ojos de vaca. Lleva tanto tiempo haciéndolo que ya se han acostumbrado a él. Así que, puede que sea el hombre que buscas. Te daré una nota diciendo que te he enviado yo.”

“Eso es genial. Gracias, Albert.”

—No hace falta que me des las gracias, ya lo sabes. El anciano sonrió, terminó su cerveza y empezó a buscar papel y un lápiz.

* * *

Lenantais quería que me quedara a pasar la noche. Le agradecí su ayuda, pero no demasiado. Me quedé para beber unas cuantas botellas más y comer con él. Tras un beso de despedida, lo dejé y volví tambaleándome al albergue Wanderer's Hostel.

A la mañana siguiente me levanté temprano, desayuné copiosamente beicon, morcilla y tostadas, y me dirigí a la cooperativa Green England Co-Op.

Estas cooperativas conservan el antiguo nombre de Atopía (Inglaterra) como recordatorio de que fueron pioneras en el camino hacia la Atopía, antes que la mayoría de los demás grupos, incluso la mayoría de los anarquistas. Comenzaron como cooperativas locales organizadas por activistas desilusionados del Partido Verde, hartos del arribismo político de sus líderes, que querían hacer algo más inmediato y positivo en su búsqueda de un mundo ecológicamente sostenible. Empezaron reparando productos fabricados bajo el principio de la obsolescencia programada. En la época del consumo masivo capitalista, prácticamente nada se podía reparar a menos que se devolviera al fabricante, aunque este no reparaba nada, solo quería venderte uno nuevo. Pero la

gente de Green England decidió romper ese ciclo de desperdicio y creó cooperativas locales dedicadas a reparar cualquier cosa, desde un secador de pelo en adelante. También construyeron una red nacional de información sobre repuestos obsoletos. Como era de esperar, a los grandes fabricantes no les hizo ninguna gracia y trataron de acabar con Green England. Pero la ley de propiedad no funcionó muy bien para los peces gordos, para variar. Había demasiadas cooperativas pequeñas que se dedicaban a la reparación e incluso a la fabricación por su cuenta. Y el desempleo masivo y la pobreza que sufrían tantas personas a principios del siglo XXI propiciaron el auge de las cooperativas ecológicas, ya que intercambiaban sus servicios además de venderlos. Incluso se pusieron de moda entre la gente adinerada; creo que la palabra clave era «elegante».

* * *

El camino a la cooperativa estaba flanqueado a ambos lados por huertos, verdes en algunos tramos por los restos de los cultivos de invierno y marrones por la tierra cuidadosamente preparada para la siembra de primavera. Un grupo de mujeres altas arrojaban nabos a la parte trasera de un carro estacionado al borde del camino. Sonrieron y me saludaron al pasar, y alcancé a oír a una de ellas decir "¡Qué buen trasero!" mientras cargaba otro puñado de nabos.

La cooperativa estaba pintada de verde y marrón para que combinara con los huertos. Crucé las vías del tren ligero que

discurrían al lado del largo edificio y entré por la «Puerta A». Un anciano estaba sentado justo dentro de la puerta, en un sillón profundo de respaldo alto, bebiendo de una taza grande, con los pies sobre un escritorio con la inscripción «INFORMACIÓN» y acariciando con la mano libre el lomo de un cocker spaniel blanco y negro que parecía muy contento.

“Hola, ¿en qué puedo ayudarte esta mañana?”

“Hola. Me llamo Anne. Busco a un miembro de su cooperativa, un hombre llamado Jack Jackson.”

“Sí, conozco a ese tipo. ¿Te apetece una taza de té?”

“No, gracias, acabo de desayunar.”

“¿Eres nueva por aquí, Anne?”

“Sí. Sobre Jack...”

“¿Para qué lo querías? ¿Como interés romántico?”

“Que yo sepa, no. Me envió Albert Lenantais.”

—¿Por qué no lo dijiste antes? —Quitó los pies del escritorio y se incorporó—. Conozco a Albert. Un zapatero excelente, arregla cualquier cosa. Sabes, tenía un par de...

Empecé a pensar que sacaría más provecho de la inteligencia del cocker spaniel. "¿Jack Jackson, dónde puedo encontrarlo?"

Mi verdugo se rió. —Por ahí —señaló—, en el taller principal. Pero no hay prisa, están en la reunión del día. —Gracias —sonreí—. Quizás acepte tu invitación a una taza de té cuando haya visto a Jack.

“Claro que sí, te estaré esperando, Anne.”

Atravesé las puertas dobles al final del pasillo y entré en el taller principal, un gran cobertizo luminoso con bancos de trabajo y máquinas herramienta que anunciaban la reunión diaria de la cooperativa. Los miembros escuchaban a un hombrecillo con gafas y mono verde que parecía estar informando sobre las existencias de chapa metálica de distintos calibres. Una joven de unos trece años lo interrumpió para preguntar sobre la calidad del metal que habían recibido recientemente de otra cooperativa. Esto dio pie a una conversación general, y aproveché para unirme discretamente a la reunión, sentándome en un taburete al fondo. Tras unos diez minutos hablando de la calidad, se reanudó el informe de existencias. Se votó al final y la reunión se disolvió cuando los miembros se dispersaron, algunos hacia los bancos de trabajo y otros hacia las puertas por las que yo había entrado, quizás a los huertos o tal vez simplemente a casa.

La chica que había hablado de la calidad de la chapa metálica se acercó a mí sonriendo. De cerca parecía mayor

de trece años, pero no mucho. Tenía un rostro pequeño con rasgos delicados y cabello castaño liso; vestía un ajustado mono amarillo y botas verdes largas.

“Hola, soy Afrodita, bienvenida a la Inglaterra Verde.”

“¿Afrodita? Ella no era inglesa, ¿verdad?”

La chica sonrió. "¿A quién le importa? Me gusta el nombre. ¿Y a ti?"

“Sí, me gusta, te queda bien.”

Le gustó el cumplido y su sonrisa se ensanchó aún más.

"¿Y el tuyo?"

“Anne, Anne Riorden.”

“Está bien, pero no está a la altura de Afrodita, ¿verdad?”

“Tienes razón, hermana. Pero ¿qué me dices de Jack Jackson? ¿Has oído ese nombre?”

“¿Que si lo he hecho? Él trabaja conmigo. ¿Quieres hablar con él?”

Asentí con la cabeza.

"Por aquí."

Seguí a Afrodita por el taller hasta un banco en forma de L en el rincón del fondo. Un tipo de mediana edad, pelirrojo y de hombros encorvados, estaba trasteando con un motor eléctrico muy pequeño. Levantó la vista cuando nos acercamos.

—Jack, tengo a alguien que quiere verte —dijo Afrodita.

Di un paso al frente y extendí la mano. —Hola, soy Anne Riorden. —Jack Jackson. Soltó mi mano y volvió a coger el motor. —Los conseguimos de un grupo de la región de West Midlands, pero a veces su control de calidad deja mucho que desear.

“¿Como con la lámina de metal?”

“¿Qué? Ah, ya oíste la conversación en la reunión. No, es solo Afrodita haciendo de las suyas.”

La chica se rió. «La perfección es mi guía, como dijo William Morris».

—¿Dijo eso? —pregunté.

Ella sonrió. "¿A quién le importa?"

Le devolví la sonrisa y luego me giré hacia Jack, que parecía como si su preocupación por el motor fuera a absorber toda su atención antes de que yo tuviera la oportunidad de preguntarle sobre los Indignados.

“Jack, tengo una carta de Albert Lenantais y me gustaría hablar contigo sobre ella. ¿Tienes quince minutos libres?”

—Claro que sí —dijo Afrodita—. Yo cuidaré de tu motorcito, Jack. Le quitó el motor y se sentó en el banco.

Jack me miró como diciendo "¡Niños!"

“Parece que sí tengo quince minutos.”

Caminamos despacio por los talleres y salimos a los huertos, mientras Jack me explicaba el trabajo y la organización del lugar. Dado que las raíces de la cooperativa se encontraban en el antiguo movimiento ecologista, especialmente en el Partido Verde, tenían una organización más estructurada de la que yo conocía en Oxford. Todos los miembros podían participar en cualquiera de las tareas que la cooperativa realizaba, aunque había especialistas que solían encargarse de tareas específicas. Además de trabajar en la propia cooperativa, cada miembro tenía un huerto que cultivaba personalmente y, además, cualquier miembro podía dedicarse a lo que quisiera, siempre que trabajara quince horas semanales en la actividad principal de la cooperativa: trabajos de ingeniería ligera. La mayor parte del trabajo consistía en la reparación y reacondicionamiento de diversa maquinaria y electrodomésticos. Pero también gestionaban una pequeña planta de producción de lavadoras. Esto proporcionaba a la cooperativa productos que podían depositar en uno de los almacenes comunitarios

de Lincoln y, a cambio, podían llevarse otros productos del almacén. Realizaban todo el trabajo de ensamblaje de las lavadoras en la cooperativa, aunque no fabricaban los motores ni algunos materiales semielaborados que intercambiaban con otras cooperativas, grupos menos formales e incluso empresas unipersonales, principalmente en la región de West Midlands. Todo estaba dirigido por un foro de miembros elegido mensualmente por todos los socios, mientras que se celebraba una reunión diaria para tratar cualquier asunto que surgiera, y dicho foro tenía la facultad de disolverlo y convocar nuevas elecciones antes de la fecha fijada mensualmente. De esta manera, más de cien socios controlaban sus propias actividades productivas.

* * *

Jack me llevó a su huerto y me preparó una taza de té en la estufa de su cobertizo. Nos sentamos en un sofá muy remendado y disfruté del té mientras Jack leía la carta que Lenantais había escrito. Era una carta larga; el viejo zapatero había explicado con todo detalle la situación tal como yo se la había contado, y sus propias teorías sobre el último capitalista, profusamente ilustradas con citas de escritos anarquistas casi olvidados. Estaba sirviéndome una segunda taza cuando Jack terminó.

“¿Así que quieres que te presente a algunos Indignados?”

“Bueno, no hace falta que me presenten, solo que me inviten a una de sus reuniones sin armar mucho alboroto, ¿sabes? No quiero que me traten como a una evangelista, solo quiero escuchar, ver cuál es su postura, ver si tienen alguna idea de dónde está el capitalismo.”

Me miró pensativo, con el rostro pálido y tenso bajo la melena rebelde de su cabello rojo. —¿Es tan grave como Albert dice? —preguntó, agitando la carta.

“Bueno, eso es lo que quiero averiguar, pero por lo que me cuenta Albert, podría ser. En cualquier caso, creo que sería buena idea encontrar a ese capitalista.”

“¿Esa es tu tarea principal?”

"Sí."

“¿Pero qué pasa con los Obstinados Negativos?”

“Bueno, son importantes, pero solo por el capitalista. Si lo encuentro, podremos acallar todos los rumores y los Enojados no podrán decir que Atopía es realmente una sociedad burguesa, o lo que sea, y todos podremos volver a la normalidad. Y no habrá armas. Si encuentro al capitalista.”

Jack sonrió. “Bueno, eso podría ser más fácil de lo que piensas. Está en Sheffield.”

Capítulo V

HOMBRE CON CORBATA WINDSOR ROJA

Fuera de la estación central de Sheffield —la estación John Elliot, que lleva el nombre de uno de los muchos obreros que murieron construyendo el antiguo túnel de Woodhead en la década de 1840— hay un pequeño jardín con árboles y arbustos de hoja perenne. Los tranvías circulan ruidosamente alrededor de este pequeño jardín, pero como brillaba el sol, decidí que sería un buen lugar para comer mis bocadillos. Me abrí paso entre los tranvías y abrí la puerta del jardín, encontré un tocón de árbol donde sentarme, abrí mis bocadillos y comencé a reflexionar sobre la información que Jack Jackson me había dado. Había conocido al capitalista en una reunión de la cooperativa hacía más de un mes, cuando un hombre con un traje gris había pedido permiso para hablar sobre un «asunto que los beneficiaría a

todos». El hombre se había presentado como Henry Frick y había comenzado a hablar con los miembros de la cooperativa sobre la necesidad de diversificar los productos y la necesidad de cambiar constantemente las líneas de productos, hacer publicidad e intercambiar los terrenos de los huertos. Jack había dicho que pasó un tiempo antes de que alguno de ellos pudiera entender realmente de qué hablaba Frick, ya que usaba muchas frases arcaicas, pero una vez que captaron la idea general, simplemente lo consideraron un loco inofensivo y dieron por terminada la reunión. Después, Frick abordó a Jack y le dijo que estaba de gira por todo el país tratando de convencer a la gente de la necesidad de nuevos métodos, y que Sheffield era su próxima parada. La opinión de Jack era que Frick debería haberse quedado en la catedral entre los demás proselitistas chiflados. Aunque el capitalista de Jack se hacía llamar Frick, estaba bastante seguro de que era el mismo tipo que antes se hacía llamar Carnegie. La descripción que Jack hizo de él como un hombre gris con un traje gris encajaba. Ahora tenía que encontrarlo en Sheffield.

* * *

En un rincón del pequeño jardín había una estatua de dos mujeres. Me acerqué, terminando de comer mi último sándwich de carne y cebolla, y leí la inscripción en el pedestal. Era en memoria de dos miembros de la Liga de Mujeres Asiáticas que habían sido asesinadas en Sheffield por fundamentalistas religiosos. Los últimos años del antiguo

sistema habían visto el auge del fundamentalismo religioso en todo el país, con el movimiento cristiano de la "Casa" adoptando una nueva y peligrosamente agresiva tendencia evangélica, algo que se reflejó en otros grupos, como algunos sectores de la comunidad islámica. En retrospectiva, podemos ver que este período marcó el ocaso de la religión en una época de crisis económica y social, pero en aquel momento parecía una reacción popular a los experimentos libertarios que comenzaban a cambiar el país y que condujeron a la creación de Atopía. Uno de los grupos líderes tanto en la derrota de la religión organizada como en la apertura de Atopía fue la Liga de Mujeres Asiáticas, que luchó por los plenos derechos de las mujeres de las comunidades islámicas para determinar el rumbo de sus propias vidas libres de las restricciones de la fe religiosa. Muchas mujeres habían sufrido en esa lucha, siendo rechazadas por sus comunidades, ignoradas por los antiguos grupos políticos que temían perder apoyo electoral y atacadas físicamente por fanáticos. Las dos mujeres conmemoradas por la estatua en Sheffield fueron asesinadas por pistoleros contratados por líderes religiosos en Yorkshire. Pero sus muertes, y las de otros miembros de la AAWL, contribuyeron a inclinar la balanza en contra de la religión. Y la identificación de otras comunidades no islámicas con las demandas de leyes más severas contra los apóstatas significó el fin definitivo de la religión como fuerza social importante, mientras que toda la red de grupos antirreligiosos locales, como la AAWL, construida sobre una

forma autónoma de organización, proporcionó apoyo continuo a otras luchas en el largo camino hacia Atopía.

* * *

Seguía de pie al pie de la estatua, deseando tener algunas flores para añadir a los demás ramos, tanto frescos como marchitos, que yacían alrededor del pedestal, cuando de repente tuve la sensación de que alguien me observaba. Me giré rápidamente y vi a un hombre a pocos metros detrás de mí, mascando un cigarrillo apagado. Me sorprendió que se hubiera acercado tanto sin que lo oyera, pues era corpulento y de complexión robusta. Pero lo que más me asombró fue que vestía un traje anticuado del siglo XX, de lana gris arrugada. Incluso llevaba una camisa gris y su rostro también era grisáceo, aunque lucía una corbata carmesí alrededor del cuello. Me vino a la mente una cita: «Su rostro era ancho, de rasgos marcados e inteligente. Para darle color, recurría a una corbata Windsor roja que destacaba sobre su camisa de franela gris». Era de una de mis novelas policíacas favoritas de la década de 1920, *Cosecha Roja*, de un escritor estadounidense con las sensibilidades adecuadas, Dashiell Hammett. En el libro, el hombre gris con corbata roja es un organizador de los Wobblies bastante ambiguo llamado Bill Quint, pero ahora me preguntaba si mi hombre del traje gris con corbata Windsor roja era Frick, o Carnegie, o quién era.

El hombre de la corbata roja sonrió. "¿Perdón, te asusté?"

“Lo hiciste.”

"Lo siento."

“Tú dijiste eso.”

“Pues sí. No quería interrumpirte. Parecías estar muy absorta en tus pensamientos.”

—Sí —sonreí—. Sí, tienes razón, lo estaba. —Agité la mano hacia la estatua—. Mujeres valientes. Estaba pensando en lo mucho que les costó a las personas crear un mundo diferente y en lo terrible que sería si viéramos regresar algunas de las viejas costumbres.

Se rió, mostrando sus dientes blancos en su rostro grisáceo. "¿Por qué habrían de hacerlo?"

Esa no era la respuesta que esperaba. Suponía que el capitalista habría estado más que dispuesto a aprovechar la oportunidad para defender las viejas costumbres.

“Me llamo Anne Riorden.” Le tendí la mano.

El hombre de la corbata roja se acercó y me estrechó la mano. "Encantado de conocerte, me llamo Saffo". Señaló con la cabeza hacia mi bolso. "¿Eres nueva en la ciudad?"

“Sí, acabo de llegar de Lincoln. De hecho, estoy buscando un hombre.” Pensé en probar un enfoque diferente para variar.

Él sonrió. “¿Alguien en particular?”

“Sí, me temo que sí. Se llama Henry Frick, o quizás Carnegie, probablemente Andrew Carnegie.”

Saffo negó con la cabeza. «Nunca he oído hablar de ese tipo, y eso que viajo mucho. ¿Lleva mucho tiempo en Sheffield?»

“Desde luego, no más de un mes, quizás menos.”

“¿Por qué lo buscas?”

“Es una larga historia.”

“Tengo tiempo, ¿quién no? ¿Te apetece una taza de té y me lo cuentas?”

Saffo parecía un tipo inteligente y recordé el papel del Wobbly con la corbata roja en *Cosecha Roja*, así que fuimos a un café al otro lado de la calle, subiendo la colina desde donde estaban las dos heroínas de piedra.

Un cartel amarillo y negro anunciaba que la cafetería estaba gestionada por la Asociación Central de Sheffield, que ofrecía comidas básicas gratuitas a todos los habitantes de

Sheffield. Como no era de Sheffield, ofrecí vales de comida de la zona, que aceptaron. Podría haberme hecho pasar por una sheffieliana, pero ¿para qué? Saffo y yo nos sentamos junto a la ventana y disfrutamos del cálido sol primaveral.

“¿Qué es la Asociación Central de Sheffield?”, pregunté.

“Sheffield está bastante bien organizada. La ciudad está dividida en diferentes zonas, algunas bastante pequeñas, quizás una docena de calles y algunos talleres, pero todas negociadas y sujetas a negociación por los residentes. Las actividades comunitarias básicas las gestiona cada zona, cada asociación, así que se encargan de sus propios servicios, como esta cafetería. También negocian sus relaciones con otras asociaciones. Yo vivo en la Asociación de Crooksmoor, así que realizo diversos trabajos y tareas allí, además de dedicarme a mi principal interés: la educación.”

“¿Algo en particular?”

“Literatura y algunas clases de idiomas, ruso y francés. Las cooperativas siderúrgicas y de ingeniería me contratan para ayudar a impartir clases a sus miembros. Ya sabes, simplemente visito los distintos centros educativos y actúo como recurso, aunque a veces quieren que les dé una ayuda más formal, alguna charla de vez en cuando, lo de siempre. Aquí en Sheffield está bien organizado; las cooperativas siderúrgicas y de ingeniería están coordinadas por un Consejo de Productores, que se encarga de nuestro

comercio fuera de Sheffield y de nuestras alianzas con organizaciones como la Humberside Shipping Association, para exportar nuestros productos, ese tipo de cosas.”

“Suenan un poco burocrático. ¿Lo es?”

“No, no en el sentido de que tengamos burócratas fijos. Es como todo lo demás, un ir y venir constante, con reuniones periódicas y sin cláusulas de reelección. Incluso yo mismo formé parte del Consejo de Productores hace unos años, ayudé a organizar un importante trueque con fabricantes de motores en el Báltico, además de colaborar con el Comité de Educación. Toda esa coordinación es importante, con tantos talleres pequeños, e incluso las dos fábricas más grandes dependen de las cooperativas más pequeñas para obtener materiales especializados. Hay que mantener a todos contentos. A veces es difícil, siendo Yorkshire, pero como todos tenemos tendencia a la cooperación, bueno, ya sabes...”

Saffo bebió un poco de té y le dio un mordisco a su bocadillo de beicon.

“Sí, es extraño pensar que la ideología dominante fue en su día la competencia y el ‘que se fastidie el prójimo’. La cooperación es la mejor manera de organizar nuestras vidas, pero a veces pienso que quizás sea una utopía frágil.”

Saffo levantó la vista de su asiento. "¿De qué manera?"

“No haría falta mucho para trastocarlo todo, para alterar el equilibrio de nuestra sociedad.”

Sacudió su gran cabeza. «No estoy de acuerdo contigo. Las cosas cambian, por supuesto que sí; es la naturaleza de la sociedad, la evolución a través de la cooperación. Pero todas nuestras libertades nos han costado demasiado como para que la gente quiera renunciar a ellas. ¿Por qué renunciar a algo que funciona, algo que garantiza la paz, que te proporciona una vida variada y segura?»

“¿Has oído alguna vez el viejo dicho de que los barriles y las manzanas podridas no sirven para nada?”, pregunté.

“No puedo decir que lo haya hecho. ¿La idea es que una manzana estropeará las demás?”

“Lo conseguiste a la primera.”

“¿Y dónde está la manzana podrida?”, preguntó Saffo, haciendo un gesto con la mano para señalar al niño risueño y a la anciana que servían la comida detrás del mostrador, y a la mezcla de gente tranquila pero relajada que comía y charlaba.

“¿Recuerdas que en el jardín dije que estaba buscando a un tipo llamado Frick o Carnegie?”

"Sí."

“Bueno, es un capitalista y ha sido responsable de generar problemas desde Grantham hasta Lincoln, y quizás incluso en la Reserva Federal del Este. Estoy aquí en nombre de la Reserva Federal para encontrarlo y averiguar qué pretende con todo eso.”

Saffo se quedó quieto unos instantes, asimilando la información, y luego dijo: "¿Un capitalista? ¿Para qué? ¿Por qué?".

Como ya dije, por eso estoy aquí, para averiguarlo. Y puede que el tiempo se esté acabando porque los Indignados han decidido que la existencia de este tipo, o tal vez de más de uno, demuestra que Atopía no es un Estado obrero.

Saffo intervino con una risa estridente. “¡No es ningún tipo de Estado!”

“Sí, pero los Indignados creen que nuestro capitalista itinerante es la prueba definitiva que necesitan de que la revolución está en marcha.”

Saffo negó con la cabeza. «Nunca entendí a esos tipos. Tuvimos la revolución y no derramamos ni una gota de sangre; simplemente adoptamos otras formas de hacer las cosas, como dijo Landauer. Pero la realidad empírica nunca mermó la fe de algunos». Dio otro mordisco a su bocadillo de beicon y habló con la boca llena. «No me gusta nada todo esto. Tienes que encontrar a este tipo rápido».

“Lo sé, y no lo estoy haciendo muy bien.”

“Lo que necesitas es hablar con la Asociación de la Ciudad. Hay una reunión esta noche. Yo te acompaño. Averiguarán dónde está tu señor Frick, alguien lo sabrá.”

* * *

La reunión trisemanal de la Asociación de la Ciudad estaba abarrotada, pues se trataba de una reunión de transición en la que el nuevo comité, elegido el día anterior mediante las habituales elecciones electrónicas por todos los habitantes de Sheffield, sustituía al antiguo comité para la primera de sus quince sesiones antes de las próximas elecciones. Saffo conocía a la mayoría de los presentes y me acompañó a varios de ellos antes de que surgiera el consenso general de que debía dirigirme a toda la reunión para hablar del problema. No me entusiasmaba demasiado la idea, pues temía que todo se filtrara y pudiera favorecer los intereses tanto de Frick como de los Obstinados Negativos, sembrando el pánico entre la gente. Mi argumento fue rechazado rotundamente, y me sentí un poco tonta cuando me señalaron que lo que pedía era una especie de secreto, ocultar información a quienes tenían derecho a saberla: todos. No era la primera vez que empezaba a preguntarme si el caso estaba empezando a nublar mi juicio y si la mera presencia del capitalista, y mi preocupación por él, estaba empezando a contagiarme con el virus de los viejos tiempos.

Esperaba que no fuera así y que el capitalismo no estuviera teniendo ese efecto en los demás.

Me dirigí a la reunión y conseguí lo que quería. Una mujer menuda, morena, productora independiente y trabajadora siderúrgica llamada Louise, se había reunido con el capitalista, que esta vez se hacía llamar Nuffield; sin duda tenía un gran sentido de la historia. Quería usar sus contactos con productores independientes para cerrar un «acuerdo », como él lo llamaba, con otros productores fuera de Sheffield, principalmente con productores agrícolas de la zona de Snowdonia. A Louise le pareció bien, pero luego él dijo que se encargaría de todo el trabajo de contacto y que esperaría una gran parte de la producción a cambio de sus servicios. Ella le dijo que se largara, que la idea le parecía ridícula. Estuve de acuerdo, pero fue una pena que no hubiera averiguado dónde en Snowdonia, ni siquiera si iba a ir allí. En fin, estaba claro que tenía que ir a Gales.

Capítulo VI

UNA COLINA EN GALES

«El proletariado, traicionando sus instintos y despreciando su “misión histórica”, se ha dejado pervertir por el dogma del trabajo. Su castigo ha sido cruel y terrible. Todos sus males, tanto individuales como sociales, nacen de su pasión por el trabajo». El vagón que me llevaba a Snowdonia estaba decorado por dentro como un periódico o libro gigante, con citas del maravilloso folleto de Paul Lafargue, *El derecho a la pereza*. Entre las columnas de «impresión» en las paredes del vagón, había pinturas que ilustraban los horrores de la esclavitud salarial en los años previos a la fundación de Atopía, junto con la presentación irónica de viejos lemas izquierdistas asociados a demandas de más esclavitud salarial. Siempre me ha gustado el folleto de Lafargue, tanto por su humor como por su crítica al capitalismo. Busqué por

el vagón hasta que encontré mi cita favorita, dispuesta alrededor de los portaequipajes: «Jehová, el dios barbudo y airado, dio a sus adoradores el ejemplo supremo de la pereza ideal; después de seis días de trabajo, descansa por toda la eternidad». Toda esa lectura, y la idea de mi búsqueda de Nuffield, o Carnegie, Frick o como se llamara en ese momento, me agotaron. Me habrían venido bien unos tragos de una botella de medio litro de bourbon, como los shamuses de antaño, pero no me gusta. Así que me conformé con una botella del famoso Sheffield Black Porter y me quedé dormida enseguida, siguiendo las recomendaciones de Lafargue de ser perezosa.

* * *

Lo primero que me llamó la atención de la región de Snowdonia fue su alta densidad de población. Eso iba a dificultar encontrar al capitalista, si es que se encontraba por allí. Tomé una motocicleta del servicio de transporte de la estación y firmé un libro comprometiéndome a devolverla a una estación de Gales en el plazo de un mes.

La moto me llevó por pueblos y aldeas envuelta en una ligera bruma de humos de alcohol metílico. Su velocidad y movilidad me permitieron hacerme una buena idea de la zona y preguntar en decenas de bares sobre el capitalista. Pero, después de una semana, no había encontrado nada y estaba cansada. Parecía que la pista se había enfriado. Envié un fax urgente a la Reserva Federal del Este, contándoles mis

problemas y diciéndoles que seguiría con el caso unos días más y luego lo dejaría. Pero una vez que envié el fax urgente, me sentí mal; «dejarlo» no me parecía correcto. No era la única involucrada en todo esto. Y, de todos modos, ¿quién ha oído hablar de Lew Archer o Philip Marlowe «dejando de hacerlo»? Ellos se mantuvieron firmes incluso cuando sus clientes, medio culpables, intentaron sobornarlos. Decidí que no podía defraudar a Lew y Philip. Volví a subirme a la moto y recorrí unos cuantos kilómetros más subiendo y bajando colinas y montañas cubiertas de árboles.

Subí lentamente hacia la cima de la empinada carretera de montaña, cantando una vieja canción a todo pulmón: «No me quieres, por eso me voy a casa...», aunque mi voz no tenía el tono nasal adecuado. A pesar de no haber encontrado al capitalista, me sentía bien; el aire limpio y fresco de las montañas, con su aroma a mar, me había revitalizado. Había estado lloviendo, una lluvia primaveral intensa y rápida que caía de un cielo aparentemente despejado, pero ahora el sol levantaba vapor del asfalto. El bosque mixto que cubría la cima de las colinas y montañas rebosaba de vida, con pájaros aturdidos por el repentino chaparrón primaveral que los entonaba; los pinos esparcían su aroma penetrante y los abedules y hayas comenzaban a mostrar brotes verdes. La bicicleta coronó la cima de la montaña y comencé el largo y sinuoso descenso hacia el valle.

Unos setecientos pies más abajo, el bosque se desvanecía y aparecían las primeras granjas y talleres del valle, mezclados con bosquecillos de sauces y álamos. Vacas y algunas ovejas pastaban en algunos campos, mientras que los cerdos hozaban entre los restos de los cultivos de invierno. Un aserradero se alzaba junto a un cruce, flanqueado por altas torres de viento. El aserradero tenía un letrero que anunciaba que también era un albergue para viajeros. Llevaba cabalgando desde temprano esa mañana y tenía hambre, y este era el comienzo de otro valle densamente poblado que debía explorar.

Apoyé la bicicleta frente al edificio bajo y alargado que era el albergue, desaté mi mochila y entré. Dentro reinaba el silencio, aunque oía a lo lejos un silbido. Como la mayoría de los edificios modernos, el albergue era de madera, y el aire estaba impregnado del aroma del sol sobre las paredes de madera. Decidí llamar la atención.

“¡Hola! ¡Hola! ¿Hay alguien vivo?”

Se oyó un murmullo en el rincón más alejado del refectorio, y me percaté por primera vez de que había una hamaca colgada allí. Un rostro con gafas, coronado por una espesa cabellera rizada, me miraba por encima del borde de la hamaca.

“Oye, no hace falta que grites, me habría despertado.”

La hamaca se balanceó y un hombre alto y moreno, de unos treinta y pocos años, saltó de ella sonriendo.

“Salud”, dijo.

“Lo siento, no te vi a la entrada.”

—Esta es mi guarida, ¿sabes?, como la de una araña, solo que yo no soy tan activo. Me llamo Bryn, o quizás Trevor. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué día es hoy?

"Miércoles."

“Entonces yo soy Bryn, ¿y tú?”

“Anne, Anne Riorden.”

"¿Vagabunda?"

“Más o menos.”

“Bueno, vagabunda, ¿buscas una cama o solo algo para comer?”

“Ambas, probablemente.”

“Genial, empezaremos con la comida y luego nos ocuparemos de la cama”. Me sonrió con los ojos además de con la boca, y empecé a pensar que parar mi bicicleta en ese albergue en particular podría haber sido la mejor decisión que había tomado en toda la semana.

“Siéntate y te prepararé algo. ¿Quieres tocino y pan?” Me senté en uno de los largos caballetes. “Sí, estaría bien. ¿Alguna cerveza?”

"Tengo sed."

“Claro que sí. Betws-y-coed Best. ¿Una botella o dos?”

"¿Te unirás a mí? "

"Por supuesto."

“Entonces que sean dos.”

Se rió y desapareció tras las puertas batientes del fondo de la habitación.

Bryn reapareció con tocino, pan y cerveza para ambos, y nos sentamos en silencio un rato mientras comíamos. No podía decidir si preguntarle directamente sobre el capitalismo o simplemente concentrarme en coquetear con él. En realidad no tuve oportunidad, pues, al otro lado de la ligera y acogedora música de Betws-y-coed Best, al estilo Burton, Bryn empezó a contarme cómo era la vida en Gales y lo diferente que era de los tiempos pre-utópicos. Había cometido el error, otra vez, de mencionar que me interesaba la historia. Aun así, me dio muchas oportunidades para contemplar sus hermosos ojos mientras divagaba sobre la propiedad y el uso de la tierra.

Al parecer, toda la zona era prácticamente un desierto húmedo antes del establecimiento de la utopía, con una población permanente pequeña y menguante que solo se mantenía gracias a las subvenciones estatales para la destructiva agricultura de montaña tradicional y el turismo. Los turistas eran a la vez bienvenidos y resentidos, ya que erosionaban la unidad cultural de las comunidades y agravaban la despoblación a largo plazo al disparar los precios de las viviendas; esto ocurría en una época en la que incluso las necesidades básicas se compraban y vendían con fines de lucro. Me pregunté si mi capitalista estaría a favor de eso. Así pues, en la época preutópica, la zona estaba ecológicamente dañada y despoblada, salvo por las multitudes itinerantes de ovejas y turistas, igualmente destructivos.

Pero ahora las cosas eran, como yo había visto, muy diferentes. La zona albergaba una gran población que vivía en armonía bilingüe, resultado de la estabilidad económica y la libertad universal y personal que caracterizaban la vida en aquellos tiempos utópicos. Los antiguos patrones de uso de la tierra habían desaparecido y se había producido la regeneración ecológica. Ya no se practicaba en las colinas y valles la paradójica costumbre de pastorear ovejas en libertad en las zonas altas y cultivar monocultivos en los valles. En cambio, las laderas y cumbres estaban densamente arboladas con plantaciones mixtas y el uso generalizado de especies autóctonas, como el pino silvestre.

Los valles se dedicaban a multitud de actividades agrícolas e industriales, predominando la agricultura mixta y la industria forestal, junto con el mantenimiento de las plantaciones de biomasa de sauces y álamos. Todavía se criaban ovejas, pero en pequeñas cantidades, y no se les permitía el libre acceso a la tierra. De manera similar, como en el resto de la utopía, el turismo de masas era cosa del pasado, con el fin de la esclavitud salarial y el concepto de cuarenta y ocho semanas de trabajo por cuatro semanas de vacaciones. La desaceleración general del ritmo de vida significó que había muchos viajeros, pero su impacto, y la provisión gratuita de albergues, significó que los hablantes de galés ya no se sentían culturalmente excluidos y amenazados como en los tiempos pre-utópicos.

Las descripciones de Bryn sobre la vida en las montañas lo hacían parecer mucho más animado de lo que hubiera imaginado cuando lo vi salir de la hamaca, y decidí que tenía que pasar al menos unos días por la zona. Mi capitalista parecía muy lejano, y la urgencia que había sentido en Sheffield había desaparecido. Quizás fue el efecto del aire de la montaña, quizás fue otra cosa.

Bryn fue a buscar más cerveza y luego empezó a disertar sobre la historia de la propiedad de la tierra en la zona. Era una historia conocida, pero me gustaba escucharlo hablar, y la cerveza me relajaba. El gran cambio en la propiedad de la tierra rural se produjo con el colapso de dos pilares centrales del Estado preutópico: la monarquía y la Unión Europea. La

agitación espontánea por la tierra comenzó primero en Escocia, donde la tradición de las incursiones en terrenos había dado un impulso adicional a la protesta agraria en una época de desempleo masivo continuo y grave deterioro urbano. Los sucesivos gobiernos adoptaron una política de cercar las zonas de grave deterioro urbano (las zonas marginales), dejando a los habitantes a merced de las bandas de narcotraficantes. Esta era una política aceptable, que reflejaba las actividades de los promotores inmobiliarios privados que construían urbanizaciones amuralladas con vigilancia privada. Esto brindaba cierto consuelo a quienes vivían en las fincas privadas, pero las personas atrapadas en las zonas marginales tenían pocas opciones. Los viajes llevaban mucho tiempo prohibidos, así que quienes buscaban escapar de las zonas marginales comenzaron a realizar incursiones en terrenos, ocupando tierras marginales y construyendo chabolas, reviviendo en algunos lugares la tradición de las casas abiertas las 24 horas. El Estado, por supuesto, reaccionó con violencia y un aumento de la vigilancia policial, pero la frecuencia de las incursiones y el coste de la policía hicieron que muchos saqueadores de tierras pudieran establecerse con éxito en zonas remotas de Escocia. El movimiento se extendió, siendo los "Gente de la Tierra de Nadie" en Inglaterra los primeros en seguir el ejemplo de los escoceses. Los saqueadores ingleses también se hacían llamar "Hijos de Lob" y comenzaron a saquear tierras propiedad de la familia real. Esto fue una genialidad, pues la monarquía llevaba mucho tiempo siendo

despreciada por el pueblo, y la policía se negaba a actuar contra los saqueadores de tierras reales. Este último acto de desprecio hacia la realeza provocó el colapso de la monarquía, la abdicación del rey y la ocupación generalizada de tierras reales en Inglaterra, Escocia y Gales. El movimiento se extendió y la resistencia de los conglomerados de propietarios privados de tierras fue mínima, gracias a la impotencia de la Unión Europea.



La decadencia de la Unión Europea había sido una sorpresa para los defensores del estatismo. Pero ese superestado fue derrotado por su tendencia inherente a adquirir cada vez más funciones, o mejor dicho, por su afán de promulgar cada vez más leyes. Sin embargo, la ampliación de la Unión para incluir a la mayor parte de Europa, incluida Rusia, significó que gran parte de su legislación resultara ineficaz. Los

pueblos de Europa se percataron cada vez más de que, ante la proliferación de leyes de gobiernos regionales, nacionales y del gobierno europeo, no les quedaba más remedio que ignorar la mayoría; así, el Estado les enseñó la anarquía. Las leyes fiscales eran las más molestas, y la gente común, sin acceso a abogados ni asesores financieros, aprendió que solo la participación en la economía informal los liberaba de las sucesivas capas de impuestos estatales. La evasión fiscal generalizada, combinada con el espectacular crecimiento de la economía del trueque, socavó todos los niveles de gobierno. Y este hábito se extendió a otros ámbitos de la vida. Los gobiernos se encontraron en la misma situación que los reyes medievales que enviaban inspectores a evaluar la población sujeta a impuestos de las aldeas, solo para descubrir que sus tierras estaban habitadas únicamente por niños y animales, exentos de impuestos. Así, la tan cacareada Unión Europea se encontró convertida en otro Sacro Imperio Romano Germánico, al que todos rendían pleitesía, pero nadie pagaba impuestos. Su fracaso en la recaudación de ingresos, junto con la pertenencia de países con grandes sectores agrícolas, provocó el colapso total de su política agrícola y una drástica caída de los precios de la tierra, justo cuando los terratenientes se veían presionados por los saqueadores y se comprendía que la agroindustria había causado graves daños ecológicos que solo podrían repararse con métodos de cultivo alternativos, e idealmente a pequeña escala.

* * *

Tres botellas de Betws-y-coed Best, y una mirada fija a los ojos oscuros y vivaces de Bryn, habían borrado de mi mente cualquier pensamiento sobre el capitalismo y los Enojados. Y tampoco quería oír hablar más del desarrollo de la granja forestal.

“Bryn, ¿duermes siempre en esa hamaca o tienes algún sitio más cómodo?”

Miró la hamaca, luego me miró a mí. Después sonrió. "Bueno, tengo una cama amplia y cómoda".

“¿Está lejos?”

“Solo tienes que subir la colina y llevarme en bicicleta.”

“¿Un viaje por otro?”

Se rió y asintió con la cabeza. "Acepto el reto".

Salimos del albergue y subimos la colina.

* * *

Una semana después, decidí que, finalmente, la pista se había enfriado. Bryn había preguntado por todas partes y, a pesar de la cercanía de la comunidad, nadie había visto ni oído hablar del capitalista. Había fracasado, pero quizás el capitalista también se había dado por vencido. Era hora de

volver a Oxford y contarle a la Reserva Federal del Este lo sucedido.

Pasé unas horas despidiéndome de Bryn, luego fuimos en moto hasta la estación y él me acompañó a esperar el tren. Compré el periódico regional mientras Bryn dejaba la moto. Al hojearlo, un pequeño párrafo me llamó la atención. Decía «Un excéntrico en la República», y esas pocas líneas me decían que un hombre que se hacía llamar Alfred Mond había estado en el paseo marítimo de Douglas hablando sobre las virtudes del monopolio. Volvía a estar en marcha. Próxima parada: la Isla de Man, también conocida en Atopía como La República.

Capítulo VII

CONOZCA AL PRESIDENTE

La terminal aérea de Liverpool (New Speke) no estaba muy concurrida; solo había cinco dirigibles de pasajeros amarrados fuera de los edificios. Había algunos técnicos y un dirigible en su hangar al que le estaban revisando los motores. Solo había volado una vez antes, así que deambulé por la terminal, curioseando los diferentes hangares y equipos. Me sentí un poco decepcionada; ser detective en Atopía no se comparaba con ser detective privado en California en la década de 1940. Tomar uno de esos dirigibles silenciosos, lentos y pesados para ir a la República no era lo mismo que esperar a que un piloto encantador me llevara a sobrevolar la sierra en un elegante, rápido y ruidoso Lockheed Constellation. La época dorada de los viajes aéreos había terminado, sin duda, pero también el crimen.

En el pasado, los viajes aéreos internacionales representaban una enorme preocupación, consumiendo ingentes cantidades de recursos y trasladando a millones de personas por todo el mundo por motivos absurdos. Sin embargo, el declive del comercio internacional y el aumento astronómico del precio del combustible marcaron el fin de los viajes aéreos internacionales a gran escala, incluso antes del surgimiento de sociedades utópicas en todo el mundo. Los viajeros de negocios eran los principales usuarios del transporte aéreo, y su abandono de las aerolíneas significó que el turismo por sí solo no fuera suficiente para sostener el elevado coste de los aviones. Estas tendencias preutópicas, por supuesto, se vieron confirmadas por el desarrollo de las distintas utopías mundiales, de las cuales Atopía era solo una, aunque una de las primeras.

El declive del comercio internacional fue consecuencia del colapso económico de gran parte del primer mundo. Si bien el sistema comercial había estado durante siglos en manos de los países desarrollados, los desequilibrios estructurales de sus economías provocaron que sectores cada vez más reducidos de sus sociedades se beneficiaran de las ganancias de explotación de las élites. En consecuencia, la mayoría de los consumidores del primer mundo no podían adquirir los productos del capitalismo mundial, al igual que los trabajadores que producían gran parte de esa producción en el tercer mundo tampoco podían adquirirla. El consumo de las élites no era suficiente, y cada vez quedaban menos áreas

abiertas a la explotación. En aquellos países donde aún se conservaba cierto control parlamentario liberal, las crecientes presiones políticas obligaron a algunos estados nacionales a retirarse del sistema comercial internacional. En otras regiones, sobre todo en África y, en menor medida, en la India, los individuos y las comunidades comprendieron que su única esperanza de supervivencia residía en un retorno total a la actividad económica local y a estrategias de supervivencia adaptadas a sus necesidades específicas. Este movimiento se extendió al primer mundo, ofreciendo una alternativa oportuna a los abusos del sistema de comercio internacional y a la creciente concentración de poder económico y político que lo acompañaba. Todas estas tendencias, por supuesto, pero sobre todo la creación de estrategias alternativas de vida, contribuyeron al auge del utopismo a nivel mundial.

El deseo de la gente de evitar el gobierno y todas sus obras contribuyó a que se comprendiera que solo un cambio de mentalidad podía dar paso a la utopía. Y, del mismo modo que los estatistas vieron cómo los trabajadores explotados, sobre los que habían cimentado su poder, comenzaban a escapárseles de las manos, los problemas ecológicos y el agotamiento de recursos clave generaron presiones adicionales que, en términos preutópicos, superaban su capacidad para afrontarlas con éxito. La primera de estas crisis de recursos fue, por supuesto, el fracaso definitivo de

los yacimientos petrolíferos explotables, que dejó a los poderosos sin acceso a la tecnología del poder.

* * *

Se acercaba la hora de embarque, así que volví a la terminal y confirmé que iba a volar. Pesé mi equipaje y lo llevé al Dirigible 5. El dirigible era un globo liso y rígido de helio, debajo del cual se extendía una larga cabina de pasajeros. Dos amplias hélices sobresalían de los motores en la parte trasera de la cabina. Ambas eran de doble hélice con palas curvas contrarrotatorias, al estilo habitual. Los motores tenían una fuente de energía dual: los paneles solares que cubrían la mayor parte de la cubierta del globo de gas, junto con la energía de respaldo proporcionada por motores de alcohol. Un letrero pintado en el lateral de la cabina anunciaba, en un guiño a la tradición, que el dirigible era operado por la «Isle of Man Steam Packet Co-op». En realidad, era operado por una mezcla de personas de la República y Atopía, siendo la República la que proporcionaba la mayor parte del material y el equipo para operar las máquinas, ya que les convenía proporcionar buenas comunicaciones entre la isla y Atopía.

Una señora mayor con un mono amarillo estaba de pie en la escalerilla del avión. Me sonrió y señaló hacia la larga cabina que tenía encima. «Puede sentarse donde quiera. Hoy no vamos a tener lleno el dirigible».

"Gracias."

"¿Has volado antes?", preguntó.

"Una vez, hace mucho tiempo."

Ella se rió. "¿Una veterana, eh?"

"Demasiado vieja."

Ella volvió a reír, mostrando una bonita dentadura.

* * *

Me senté junto a una ventana para tener una buena vista. Esperaba que el viaje no fuera demasiado movido. Esa era una desventaja de viajar en dirigible: vuelan bastante bajo y las corrientes de aire los desvían un poco. Aun así, no se puede tener todo. El uso de dirigibles, tanto pilotados como teledirigidos, ha resuelto el problema de la necesidad constante de algún tipo de transporte aéreo, especialmente en rutas de corta distancia. Como la velocidad ya no es una consideración primordial, los dirigibles son ideales, sobre todo por sus altos niveles de seguridad y su respeto al medio ambiente. Los dirigibles teledirigidos de gran altitud también se utilizan para mantener las comunicaciones por satélite, proporcionando una solución mucho más económica y ecológica que los antiguos satélites que debían ser transportados al espacio por cohetes o transbordadores.

La cabina comenzaba a llenarse, y un anciano vestido con ropas de terciopelo marrón y rojo se sentó a mi lado. Olía a naranjas y tabaco, lo cual me pareció bien.

“Hola, soy Robin Goodfellow.”

“Anne Riorden.”

“Encantado de conocerla. ¿Es su primera vez volando?”

“No, no. Ya he volado antes.”

"¿Te gusta?"

“Está bien, pero prefiero viajar a pie o en tren.”

—Sé a qué te refieres. Yo he estado haciendo un largo viaje por toda Europa, vagando durante tres años. Casi he terminado. Una especie de peregrinación, se podría decir, antes de asentarme de nuevo en Atopía. Antes de volver al bosque. —Sonrió, pero más para sí mismo que para mí. Esperaba no tener que escuchar un relato detallado de su viaje, pero afortunadamente se durmió justo después de que despegara el dirigible, y pude contemplar el paisaje felizmente por la ventana.

* * *

Pronto nos dirigíamos hacia la bahía de Liverpool. Volamos sobre algunos barcos que esperaban para pasar por la presa

del estuario, que abastece de energía a la ciudad. Había estado lloviendo, pero el sol se abrió paso entre las nubes y transformó las oscuras aguas de la bahía en un brillante cristal azul en el que se reflejaban las altas velas verticales de los barcos, que parecían extraños insectos alados, con alas blancas sobre cuerpos rojos. Los barcos utilizan tecnología bastante antigua del siglo XX, con ordenadores que controlan las rígidas velas o activan los motores auxiliares, según sea necesario. Ya no hay tantos barcos como en la primera época de la navegación a vela en Liverpool, pero la mayor parte de los viajes de larga distancia se realizan por mar.



Los barcos se alinearon y comenzaron a atravesar la barrera de energía, mientras el dirigible ascendía. Leí en alguna parte que una ciudad promedio en Atopía obtiene su

energía principal de unas nueve fuentes diferentes, aunque, por supuesto, las necesidades de calefacción provienen de aún más. Un lugar como Liverpool obtiene la mayor parte de su energía de la presa de su estuario, la basura de los liverpulianos, las plantaciones de biomasa que rodean la ciudad y los parques eólicos que se extienden a lo largo de la costa desde la ciudad hasta Southport. Como siempre, la variedad es la sal de la vida.

El dirigible llegó puntual a la terminal aérea de Ronalds Way, y tomé el autobús eléctrico hasta Castletown. Según el periódico, habían visto al capitalista más al norte, en Douglas, en la costa este de la isla, pero si seguía allí era otra cuestión. Esperaba que aún estuviera en la isla, ya que era un lugar pequeño y hasta una detective novata como yo debería poder encontrarlo. O quizás no. Sin embargo, había una buena noticia. Había llamado a Emilia de la Reserva Federal del Este antes de salir de Liverpool, y parecía que los Indignados se estaban calmando de nuevo. Uno de los grandes problemas parecía ser que no encontraban armas por ninguna parte, lo cual no resultaba sorprendente, ya que nadie fabricaba esas cosas y la mayoría de las antiguas se fundieron hace mucho tiempo. En fin, la falta de armas parecía haberlos desmoralizado, o quizás se habían asustado y querían volver a su vida habitual de ensimismamiento. De cualquier modo, la alarma por los Indignados había disminuido. Pero la Reserva Federal seguía queriendo que

encontrara al capitalista, que aclarara todo el asunto y que me asegurara de que se trataba de un hecho aislado.

* * *

Una vez en Castletown, pensé que lo mejor sería hablar con la prensa local. La noticia sobre Alfred Mond predicando su evangelio capitalista en el paseo marítimo de Douglas seguramente la escribió alguien de la isla.

Cerca del puerto encontré la imprenta y las oficinas de «Educación Republicana», con su escudo oficial y los avisos bilingües en manés e inglés. Resultaba extraño ver un título tan oficial, tan estatista, en la época utópica, pero entonces se rumoreaba que los maneses eran bastante conservadores.

La oficina era grande, pero estaba llena de gente hablando a la vez. Al cabo de un rato, conseguí llamar la atención, sobre todo mirando con lujuria a un chico de unos dieciocho años, que al final dejó de discutir sobre el diseño de un folleto sobre cibernética y se acercó a ver qué quería. Su compañera, obviamente harta, anunció que se iba a plantar sus guisantes.

Tuve suerte, quizás en más de un sentido, excepto que intento dejar tranquilos a los hombres muy jóvenes. En fin, Judas Iscariote (el chico tenía sentido del humor además de sentido de la historia) escuchó mi historia y dijo que había

oído hablar del tipo que se hacía llamar Alfred Mond; de hecho, había pensado en escribir un artículo sobre él, pero había tenido que trabajar en uno de los barcos de pesca, así que no había tenido tiempo. Mi aparición le hizo pensar que realmente podría haber una buena historia, así que cogió su abrigo y dijo que vendría conmigo a Douglas. Tenía muchos amigos allí y juró que si el capitalista seguía en la isla, lo encontraríamos. Me alegré, todo parecía estar llegando a su fin.

Cogimos el tren a Douglas, y pensé que aprovecharía para charlar con Judas —había decidido que mi éxito como detective merecía una recompensa—, pero no llegué muy lejos en ese sentido. Primero, se dio cuenta de mis intenciones enseguida (seguro que no soy tan obvia), y me dijo que sus intereses no se extendían a las mujeres. Luego decidió que sería mejor explicarle la organización de la República a una forastera como yo. Los cambios utópicos en la isla habían tardado más en producirse que en Atopía. Y, dado el pequeño tamaño de la población y el sentimiento de aislamiento que caracterizaba la perspectiva de los isleños, se había decidido que su utopía estaría organizada de forma diferente a como lo estaba generalmente en otros lugares. Así pues, el parlamento de la Isla de Man se amplió en número, se aceptó el principio de delegados populares en lugar de representantes parlamentarios, se celebraban elecciones todos los años, y el parlamento podía disolverse mediante votación popular organizada por el propio pueblo

en cualquier momento. Ningún delegado podía servir en el parlamento durante más de tres años consecutivos, ni durante más de nueve años en total. El Presidente de la República era elegido cada seis meses por el pueblo y ejercía como tribuno popular. Cada delegado, junto con el presidente, debía participar en otras actividades productivas, y los delegados tenían prohibido organizarse en grupos o partidos.

Judas terminó su breve descripción de la constitución republicana justo cuando el tren llegaba a la estación de Douglas. Tenía bastante hambre, por no hablar de sed, así que fue un alivio cuando Judas dijo que lo mejor sería ir directamente a The Orry, donde encontraríamos a alguien que supiera de mi capitalista.

El Orry resultó ser un pequeño y oscuro pub a tiro de piedra del mar, que retumbaba y rompía al final de la estrecha calle lateral. La barra estaba decorada con fotografías y pinturas de los pequeños barcos que construían en la cooperativa Douglas Shipwrights. Fotografías panorámicas de los miembros de la cooperativa de años anteriores colgaban sobre la barra. La mayoría de los habitantes del pueblo parecían estar en las fotografías.

Solo había tres mujeres en el bar, sentadas alrededor de una mesa de madera a la deriva. Judas me llevó hasta ellas y me presentó, luego me dejó para que preguntara por el capitalista mientras él iba detrás de la barra a preparar unos

sándwiches y a buscar un par de cervezas. Comiendo los sándwiches de cordero y rábano y bebiendo un sorbo de la Manxman's Best, escuché a las tres mujeres discutir sobre cuándo y dónde el capitalista había estado dando sus pequeños discursos sobre la "libre empresa", el "motivo de lucro" y la "mano invisible", aunque dos de ellas sostenían que había estado hablando del "pie invisible". En cualquier caso, la opinión general era que estaba un poco chiflado y que era un tipo inofensivo que obviamente se había excedido leyendo demasiada historia preutópica. Me estremecí ante eso y decidí no mencionar mi propio interés en el sistema preutópico. La cerveza estaba buena y disfrutaba escuchando a las mujeres discutir sobre los detalles de la estancia del capitalista en Douglas, pero sobre el punto crucial de dónde estaba ahora no tenían ni idea. Sin embargo, supusieron que el Presidente podría ayudar, ya que solía estar al tanto de todo lo importante que sucedía, y también de muchas cosas sin importancia. Judas dijo que me llevaría a verlo en persona, pero decidimos que podía esperar un poco mientras todos tomábamos otra copa.

* * *

“¡Pyotr!”

“¡Judas! ¿Cómo estás? ¡Hace siglos que no te veo! ¡Ven aquí, déjame verte!”

El Presidente dejó la enorme olla que estaba removiendo sobre las hornillas de la cooperativa y atrajo a Judas hacia él. Se besaron, y yo fingí no estar allí. Al cabo de un rato, Judas se acordó de mí y me presentó a Pyotr.

“Señor Presidente, permítame presentarle a Anne Riorden. Anne, le presento al Presidente.”

Nos dimos la mano y reímos.

Judas se volvió hacia Pyotr. «Anne ha sido enviada por la Reserva Federal del Este para informarse sobre ese capitalista, Krupp o como se llame. Al parecer, ha estado recorriendo Atopía intentando que la gente actúe según los principios del capitalismo».

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Pyotr—. Nadie le va a hacer caso. Aquí en Douglas nadie lo hizo; casi nadie entendía de qué hablaba.

“Bueno, él no es el único problema, los Indignados lo están usando como excusa para amenazar con todo tipo de revoluciones contra Atopía, aunque tal vez estén volviendo a sus guetos autoimpuestos habituales.”

Pyotr bajó el chorro de gas debajo de la olla, removió el contenido y me miró atentamente. "¿Así que quieres encontrar a este tipo?"

“Esa es la idea.”

“¿Y qué vas a hacer cuando lo encuentres? ¿Arrestarlo?”, se rió.

“No, por supuesto que no. Lo único que queremos averiguar es qué trama realmente, por qué está hablando tanto sobre el capitalismo y si es consciente del efecto que está teniendo.”

“Me suena bastante estatista, si quieres mi opinión”, dijo Pyotr.

De repente me sentí bastante incómoda. Llevaba tiempo preocupada por la ética de lo que estaba haciendo, y el Presidente había dado justo en el clavo con mi dilema.

“Sí, estoy de acuerdo, no tiene muy buen aspecto, quizás. Pero solo quiero hablar con él. Eso es todo, nada más.”

Pyotr seguía mostrándose dubitativo.

Judas puso la mano sobre el brazo de Pyotr. «Mira, creo que Anne es sincera, me parece una buena persona. Si dice que solo quiere hablar con él, estoy seguro de que es lo único que quiere. De todos modos, ¿qué más podría hacer?»

Pyotr reflexionó sobre esto y luego habló: «Confío en tu criterio, Judas, lo sabes, y me pareces una buena persona, Anne».

—Gracias —respondí, sin rastro de ironía.

“Pero ya es demasiado tarde para hacerle preguntas a Krupp; se ha ido a Manchester, salió esta mañana y, por lo que sé, voló directamente allí.”

“¡Maldita sea! ¿Cómo sabes todo eso?”

“Bueno, le di el desayuno aquí. Parecía un tipo interesante, aunque un poco raro, ya sabes, con sus ideas totalmente anticuadas, por no hablar de su ropa. Era realmente extraña; no llevaba botas altas ni falda ni nada, solo un traje de tela gris, pero de un estilo muy antiguo.”

“De finales del siglo XX, por lo que puedo deducir.”

“¿Sí? Pues se ve raro.”

“Entonces, ¿por qué iba a Manchester, según dijo?”

Sí, le di una dirección a la que podía ir, la de un amigo mío. Como ya dije, supuse que estaba bien. ¿Quién no lo está hoy en día? Diga lo que diga, creció en una utopía.

“¿Me puedes dar esa dirección?”

“No hay problema. Espera un momento, voy a buscar papel.”

Pyotr desapareció en la pequeña oficina contigua a la cocina. Judas me sonrió, una sonrisa amable. Era una lástima

que no pudiera dormir con él, pero aún me esperaba otro viaje.

Pyotr salió de la oficina con el nombre y la dirección escritos en un papel, junto con unas líneas debajo que decían que me había dado la dirección. Era una escuela libre.

“Pregunta por Christine, te recibirá con los brazos abiertos. ¿Cuándo vas?”

"Lo antes posible."

Miró su reloj. “Si te das prisa, cogerás el último vuelo de hoy desde el aeropuerto de Douglas”.

"Bien."

Nos dimos la mano, Pyotr y Judas se besaron y yo les di las gracias. Judas me acompañó al aeropuerto y tomé el último vuelo del día a Manchester. Al despegar, empezó a llover torrencialmente.

Capítulo VIII

ESTANCIA EN LA ESCUELA LIBRE

El dirigible quedó rápidamente envuelto en una espesa nube. El vuelo estaba casi vacío, así que me estiré en tres asientos e intenté dormir un poco, pero a pesar de las copas de Manxman's Best, no logré relajarme lo suficiente como para conciliar el sueño. Estaba tan cerca del capitalista –solo unas horas detrás de él–, que era imposible que no lo alcanzara. O eso esperaba. Por primera vez desde que salí de Oxford, tenía un lugar específico donde debería poder encontrarlo: Krupp, o lo que fuera. Busqué en mis bolsillos el trozo de papel que Pyotr me había dado, lo encontré y me senté a mirar la dirección: Willow Brae Free School, Withington, Manchester. Escuelas libres, la culminación de siglos de intentos por comprender qué es la educación.

Ahora parece tan simple, pero las condiciones han cambiado, por lo que las escuelas libres pueden prosperar.

Las escuelas libres tienen una larga historia. Podría decirse que son simplemente herederas de los métodos preindustriales de educación laica, donde los niños aprendían a medida que crecían para integrarse al mundo adulto. Ese estilo de educación, por supuesto, se adaptaba a las necesidades limitadas de la sociedad, al igual que la educación para el clero estaba diseñada para las jerarquías de la Iglesia y el Estado. En ese sentido, es cierto que la sociedad recibe la educación que necesita, ya que los sistemas educativos de las sociedades industriales y parlamentarias reflejaban las divisiones de clase y las preocupaciones militares, religiosas y económicas de las clases dominantes. Y hoy, por supuesto, la sociedad utópica se refleja y se refuerza mediante un enfoque utópico del aprendizaje.

Ninguna de las ideas e ideales que sustentan las escuelas libres es nueva, pero solo desde el desarrollo y establecimiento de Atopía esos principios se han aplicado con éxito, ya que no existe ninguna discrepancia entre la educación libre y la sociedad en la que viven los beneficiarios de esa educación. El principio básico es, como en el resto de la utopía, la libre elección basada en que cada individuo tenga la seguridad de vida para tomar tal decisión. Libre elección significa elegir cuándo y si uno quiere ir a la escuela libre. Podrías optar por pasar un tiempo. Allí se puede estar

durante periodos relativamente largos: semanas o incluso meses. O quizás solo unas pocas horas a la semana, o incluso nada. Y se puede optar por usar las instalaciones a los diez, veinte o sesenta años. No hay programas de estudio ni planes de estudio; se elige lo que mejor se adapte a las necesidades y deseos. O tal vez alguien que ha empezado a asistir a la escuela posee un gran conocimiento sobre el mundo medieval, la geología o cualquier otro tema, y uno desea aprovechar las conversaciones con esa persona. Un conocimiento que se comparte y se recibe libremente.

En cierto sentido, toda la vida social de Atopía es un proceso educativo, una guía constante para sus habitantes. Si deseas desarrollar nuevas habilidades, puedes encontrar ayuda y formación en ellas dondequiera que se practiquen. Mi caso es típico. En mi adolescencia, pasé mucho tiempo con los ferrocarriles y aprendí diversas habilidades, al igual que mis conocimientos informáticos, mientras que mi pasión por la historia se veía satisfecha por los hombres y mujeres que se reunían en torno a las grandes bibliotecas de Oxford, cuya apertura y disposición a compartir sus conocimientos con cualquiera era característica de las escuelas libres de todo el mundo.

* * *

Ya estaba oscureciendo cuando llegamos al aeropuerto de Ringway, pero no quería que el capitalista me volviera a eludir, así que tomé un autobús directo a Withington. Con

un poco de suerte, podría pasar la noche en la escuela libre, aunque no encontrara a mi capitalista de inmediato.

El autobús se alejó de Ringway, funcionando casi silenciosamente con sus baterías eléctricas. Como todo medio de transporte, era multienergético, cargando sus baterías con la electricidad de la ciudad, que a su vez provenía de multitud de fuentes respetuosas con el medio ambiente. Además, el autobús tenía paneles solares en el techo que también cargaban las baterías. Había pocas bicicletas en la carretera, así que, aparte de otros vehículos públicos, estaba bastante despejada, y avanzamos a una velocidad constante de unos cincuenta kilómetros por hora. Manchester era famosa por haber llevado el debate sobre los bosques urbanos más allá que ninguna otra ciudad en Atopía, y el autobús atravesaba incontables hectáreas de árboles y arboledas urbanas. Las plantaciones de biomasa eran frecuentes, cultivadas en bloques que se plantaban entre pequeños conjuntos residenciales. Las casas solían ser de madera, aunque aún se conservaban algunos restos de viviendas preutópicas, rehabilitadas y a menudo utilizadas para fines comunitarios. Todas las calles estaban bordeadas de árboles, principalmente frutales con flores de color rosa y blanco en primavera, mientras que los jardines solían estar delimitados por arbustos o setos perennes.

Al recorrer estas calles y plazas, resultaba difícil imaginar que en el pasado Manchester hubiera albergado algunos de los peores problemas urbanos del país. Pero de esos

problemas surgieron conclusiones clave que nos encaminaron a todos hacia Atopía. Las grandes guerras contra las drogas, en un principio, provocaron un clamor generalizado por una mayor represión policial. La Unidad Armada Antidrogas (ADU), una unidad paramilitar especial, se creó específicamente para combatir el narcotráfico en Manchester y Londres. Sin embargo, la violencia de la ADU no hizo sino generar aún más violencia y el colapso final del orden público en la ciudad. El gobierno había querido imponer la ley marcial en Manchester, pero el ejército, desesperado por encontrar voluntarios para luchar junto a la Federación Rusa en sus fronteras con China y Asia, se negó a involucrarse en lo que consideraba un problema irresoluble. De hecho, el mariscal de campo Singh se había manifestado públicamente en contra de la existencia de leyes antidrogas. Sus comentarios, sumados al hecho evidente de que el gobierno ya no podía controlar sus principales ciudades, llevaron finalmente al abandono de dichas leyes. Sin embargo, la lucha no cesó de inmediato, pues las bandas de narcotraficantes continuaron matándose entre sí. De hecho, su continua beligerancia fue su perdición, ya que lucharon hasta el agotamiento, quedando demasiado debilitadas para encontrar un sustituto para el mercado ilegal de drogas, que ahora había desaparecido. Entonces quedó claro que los habitantes de Manchester habían tomado medidas importantes para proteger y desarrollar sus comunidades tanto de los delincuentes como de las autoridades. Casi se habían desvinculado de una economía basada en el dinero y

el lucro, y estaban comenzando la regeneración de sus comunidades sobre la base de la autoayuda, la cooperación y el orgullo. Se había producido un cambio radical en la vida cultural y económica de la ciudad, en consonancia con los nuevos estilos de vida que surgían gradualmente en todo el país a medida que el gobierno se derrumbaba bajo su propio peso y la gente buscaba reemplazar el caos con formas de vida anárquicas y antiautoritarias.



Todo eso era historia, y el caos había desaparecido hacía mucho, para siempre, esperaba. Pero Atopía no era una sociedad estancada; constantemente se producían nuevos desarrollos y cambios, y esa era una de las mayores fortalezas de nuestra sociedad. Sin embargo, sentada en el autobús, viendo pasar los árboles oscuros, me pregunté si también podría ser una debilidad. ¿Y si el capitalista

empezara a ganar adeptos, a convencer a la gente de que las cosas podían hacerse de forma capitalista, como en los tiempos preutópicos? ¿Era posible que la gente empezara a darle la espalda a Atopía, tal como lo habían hecho con las antiguas formas de vida? Quizás sí. Me estremecí. Estaba cansada y hambrienta, pero tenía que hablar con ese capitalista, ese tipo tan impredecible.

El conductor del autobús me llamó y me dijo que me dejaría en el límite de Withington Park, que estaba justo delante. Bajé mi mochila y me dirigí con dificultad hacia la puerta. El autobús se detuvo junto a la acera y el conductor se inclinó hacia mí.

“¿Ves ese sendero entre los árboles?”

“¿Junto a las luces?”

Sí, solo tienes que seguirlo hasta el otro lado del parque. Cuando salgas, verás el pub The Black Bear (El oso negro) enfrente. Cruza y baja por esa calle; la escuela está al final, no tiene pérdida, es un edificio antiguo y grande rodeado de cerezos.

"Gracias."

“Está bien. Nos vemos.”

El autobús se alejó silenciosamente y comencé a seguir el sendero entre los árboles oscuros. Me preguntaba cómo

sería El Oso Negro, pero la idea de que el capitalista pudiera estar a solo unos cientos de metros me impulsó a pasar de largo el pub y bajar por la carretera hacia la escuela.

El conductor del autobús tenía razón, no podía perderme la escuela. El antiguo edificio de ladrillo estaba casi oculto por decenas de cerezos frondosos, ya cubiertos de espesas flores rosas y blancas. Como en todas las ciudades de Atopía, no hacían falta muchas farolas, así que la extraña luminiscencia de los cerezos parecía iluminar la zona. Miré mi reloj: las ocho y media; todavía habría mucha gente en la escuela.

Subí los escalones principales y me encontré con una multitud que salía riendo y charlando, algunos sobre Piers Plowman. La multitud se dispersó y entré al edificio. Saqué la carta de Pyotr del bolsillo y me quedé mirando el panel informativo que colgaba en el vestíbulo. El panel había sido pintado a mano por alguien que pensó que era buena idea combinar pinturas de flores trepadoras, al estilo de William Morris, con las letras del panel. Era una obra hermosa, pero sin duda dificultaba la lectura del letrero. Finalmente, sin embargo, deduje que la recepción estaba en el primer piso.

Abrí la puerta de la oficina y me recibió la amplia sonrisa de una mujer corpulenta de cabello rubio. Me miró como si fuera su hija predilecta, o quizás simplemente estaba contenta como todos nosotros.

“Hola, ¿puedo ayudarte?”

“Sí. Me llamo Anne Riorden. Busco a alguien que se llama Christine.”

“Me has encontrado.”

“Ah, bien. Pyotr me dijo que te buscara, que tal vez podrías ayudarme”. Le entregué la pequeña carta de Pyotr.

Christine sonrió aún más y se puso de pie, agitándose la carta y al mismo tiempo invitándome a sentarme en un sillón orejero profundo.

¿Acabas de llegar de la República? Vaya, debes estar cansada. Te preparo una taza de té. ¿Te parece bien?

Le dije que sí, y ella se afanó alrededor de una placa caliente preparando té y leyendo la carta al mismo tiempo.

Tomamos té y comimos galletas mientras Christine me interrogaba sobre Pyotr. Le divertía que se hubiera convertido en presidente y no paraba de decir: «Pyotr, ah, quiero decir, señor presidente». Hablaba, reía y sonreía, y bajo su incesante interrogatorio empecé a relajarme, a sentir sueño. Pero entonces recordé a qué había venido y me armé de valor para contarle a Christine sobre el capitalista. Finalmente, conseguí desviar la conversación desde Pyotr hacia el capitalista. Lo describí y expliqué por qué la Reserva Federal del Este estaba interesada en saber qué tramaba.

Christine se quedó callada un rato, reflexionando sobre la noticia.

—Bueno, eso suena raro. Sin duda, suena como el mismo tipo que conocí, Dick Branson, como se hacía llamar, pero parecía un hombre muy amable. Estoy segura de que no tiene malas intenciones. No puede ser. —Christine negó con la cabeza enérgicamente.

“Puede que tengas razón, Christine, pero tengo que comprobarlo, asegurarme de que está bien, preguntarle por qué anda por ahí hablando tan bien del capitalismo.”

Ella seguía sin parecer feliz. Yo tampoco me sentía muy feliz; todo aquello me recordaba al pasado y no estaba segura de que me gustara ser detective, ni siquiera uno particular, no me parecía bien. No sabía qué más decirle para convencer a Christine, así que simplemente le sonreí e intenté parecer inocente e inofensiva.

—Bueno —dijo ella—, has recorrido un largo camino, y no veo ningún inconveniente en que hables con él.

“Bien, gracias.”

Se puso de pie, sacudiendo las migas de galleta del suelo. —Creo que no está aquí ahora mismo. Dejó sus maletas en la sala común, como le dije, podía dormir aquí esta noche; hay sofás cómodos y amplios, mantas y demás. Así que volverá en algún momento, quizás quieras esperarlo aquí. —

Sonrió de nuevo—. Tú también pareces cansada, podrías dormir ahí hasta que llegue, y te prepararé unos bocadillos.

“Eso es genial. Tienes razón, me vendría bien dormir un poco.”

Christine me llevó a la sala común, una habitación grande llena de estanterías, sofás y sillones. Me acomodé en uno de los sillones y Christine fue a buscarme algo de comer. Regresó con queso stilton, cebolla y pan, y una botella de Prisoners' Escape, elaborada en la cervecería Strangeways, según indicaba la etiqueta. Le di las gracias y me dijo que tenía algunas cosas que hacer en la oficina antes de irse a casa.

Comí el pan y el queso, y me bebí la botella de cerveza. Algunas personas entraban y salían de la sala común cargando libros, intercambiándolos con los de las estanterías y deseándome buenas noches. La cerveza y la comida me sentaron bien, así que cogí una manta y me tapé con ella mientras esperaba. Escuchando los ecos de las voces en el gran edificio, poco a poco me quedé dormida.

* * *

Me desperté de repente en la oscuridad, sin saber por un instante dónde estaba. Me removí en la silla, apartando la áspera manta de mi cara. Recordé la escuela libre, a Christine y la cerveza, preguntándome qué me había despertado tan

de repente. Entonces oí un ruido fuera de la puerta, que se alzaba como un rectángulo oscuro en la pared de libros frente a mí. Intenté enfocar la vista en la oscuridad, pero no pude distinguir la manija, aunque sabía que giraba lentamente.

La puerta se abrió, balanceándose silenciosamente. Una figura alta y morena ocupaba el umbral. Llevaba un sombrero antiguo y tenía una mano en el pomo de la puerta y la otra en el bolsillo. Dio unos pasos hacia el interior de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Capítulo IX

'HOLA, HERMANITA'

Esperé en la oscuridad. Me alegré de que no fuera un fisgón del siglo XX, porque habría entrado a punta de pistola. Aun así, me sentía inquieta e insegura sobre qué hacer. Entonces se encendieron las luces y vi al capitalista por primera vez. Era alto y delgado, y vestía un traje gris de estilo antiguo. No pude verle bien la cara, oculta por el ala del sombrero, pero su boca parecía agradable. Sonrió, dio unos pasos hacia adelante y dijo: «Hola, hermanita. He oído que me estabas buscando».

Aquello me desconcertó, tanto su referencia a la novela de Raymond Chandler como su suave sonrisa y voz. Pero me recompuse, me puse de pie y me acerqué a él, intentando en vano encontrar alguna réplica ingeniosa al estilo detectivesco.

—Claro, hemos estado recorriendo el mismo camino. Es pura coincidencia —dije, con una mirada burlona que imaginaba que era la de un detective de novela negra.

Se rió y se quitó el sombrero. Tenía la piel muy pálida, casi escocesa, y el pelo rubio peinado cuidadosamente hacia atrás. Era difícil distinguir el color de sus ojos, un tono entre azul y gris. Pero a pesar del aspecto descolorido de su ropa y su rostro, había algo atractivo en él. Quizás eso lo hacía peligroso; no lo sé, pues nunca antes había conocido a nadie peligroso en Atopía.

—Oye, tengo frío, ¿te apetece un café? —dijo, acercándose a la tetera y las tazas que había sobre la mesa larga.

“Claro, ¿por qué no?”

Lo seguí hasta la mesa y me quedé cerca de él mientras preparaba el café.

“¿Cómo te llamas actualmente, Frick, Nuffield, Carnegie o qué?”

Volvió a reír, una risa baja y entrecortada. “Como sea. ¿Qué crees que me conviene más?”

Observé su rostro liso y pálido, con la boca sonriente. «Para ser honesta, ninguno de ellos. Por lo que sé de la era capitalista, diría que tienes el rostro equivocado. No eres ni

Carnegie ni Frick, ni ninguno de los otros de la época dorada del capitalismo. Con un poco de ropa, podrías ser cualquier utópico».

—Tal vez sí —respondió, pasándome un café.

¿Nos sentamos?

Lo seguí hasta los sillones profundos y tomé uno frente a él. Ahora que había encontrado al capitalista, o mejor dicho, ahora que él me había encontrado a mí, no sabía qué hacer con él, qué preguntarle, así que opté por lo obvio.

"¿Por qué?"

“¿Por qué el capitalismo?”

“Sí, ¿por qué el capitalismo?” Sin duda, mantuvimos un diálogo muy animado; Bill Pronzini se habría sentido orgulloso de mí.

—Bueno, déjame hacerte una pregunta —dijo—. ¿Por qué el detective privado?

Estaba en jaque y esperaba que no fuera jaque mate. Decidí igualar su jugada, porque esa era la forma utópica de proceder y porque me di cuenta de que no podía apartar la vista de esa boca sonriente.

“Si alguien me hace esa pregunta, suelo soltar la típica charla sobre mi interés por la historia; ya sabes, es lo mío, es lo que enseño cuando tengo la oportunidad.”

“Pero he *preguntado*.”

“Solo para ti, entonces.” Le devolví la sonrisa. “Solo para ti, la verdad es que me gusta, me excita. Maldita sea, a veces me imagino que me encantaría conducir un descapotable hasta la bahía.”

“¿Así que para ti es algo más que historia, algo más que mirar al pasado pre-utópico?”

Tuve que pensarlo bien. No me gustaban las implicaciones de aquello para mí. Decidí hacerle una pregunta en su lugar.

“He respondido a una de tus preguntas, pero se supone que soy yo quien las formula. Así que haznos un favor a los dos y responde a la mía. ¿Por qué el capitalismo? ¿Y sabes el daño que has causado?”

Volvió a sonreír, y deseé que dejara de hacerlo, estaba afectando mi temperatura corporal.

“Son dos preguntas, hermana.”

“¡Qué demonios! Respóndelas.”

“Quizás debería, aunque no tienes derecho a ninguna explicación.”

Eso no me gustó y le dije: «Puede que yo no tenga una orden judicial como antes, pero te he seguido por medio Atopía. Si alguien tiene algún derecho en esto, soy yo».

Se rió, mostrando su bonita sonrisa.

“Primero responderé a su segunda pregunta. Y la respuesta es que no he causado ningún problema, al menos no permanente.”

—¿Entonces no has oído hablar de los Obstinados Negativos y su pequeña revolución? —repliqué. Pero estaba mejor informado de lo que yo pensaba.

Agitó la mano frente a su cara, como si espantara mosquitos imaginarios. "¿Qué revolución? Sabes tan bien como yo que solo estaban haciendo su excursión anual; no van a lanzar una revolución ahora, igual que no lo hicieron en tiempos pre-utópicos. Todo es pura pose, pura palabrería. Vale, les di una excusa, pero habrían encontrado otra si yo no hubiera estado allí."

“Esta vez fue algo más que eso. Al menos la Reserva Federal del Este lo creyó así. Lo suficiente como para ponerme tras de ti”, dije, con bastante torpeza.

Resopló con desprecio. “¡Enojados!”

“De acuerdo, lo dejaremos pasar, tienes razón, han vuelto a la normalidad. Pero ¿por qué el capitalismo?”

Me miró fijamente, como si intentara descifrar qué clase de mujer era yo. Luego, fijó la mirada en su taza de café. No dije nada; era obvio que estaba tratando de formular una respuesta coherente. Finalmente, volvió a alzar la vista, con el rostro sereno y serio.

«Yo mismo no estoy seguro, y no estoy seguro de poder dar una respuesta convincente». Se encogió de hombros. «Todo suena tan irreal en la realidad de Atopía». «Capitalismo». Repitió la palabra en silencio, como si fuera un conjuro mágico olvidado que acababa de descubrir. Ciertamente, estaba olvidado, y tal vez se trataba de una forma de magia negra.

“Supongo que fue una combinación de nostalgia por el pasado, un pasado que nunca conocí, y el efecto de la ideología.” Volvió a sonreír. “Perdón por usar todas estas palabrotas, pero es eso, una especie de glamour histórico mezclado con los efectos de la ideología. Verás, empecé a leer sobre los fundamentos ideológicos del capitalismo, cómo justificaban todas las cosas absurdas que la utopía eliminó, cómo veían las motivaciones de la gente, cuáles eran los objetivos de ese sistema, ese tipo de cosas. Me metí de lleno en el tema, no hacía otra cosa que leer sobre ello, ver vídeos antiguos sobre el capitalismo. Me enganché por completo, no me cansaba de ello.”

Intervine. “No tiene nada de raro. Yo también he sido así. Todos pasamos por esa fase, es una de las maneras en que aprendemos”.

Negó con la cabeza. «No, fue más que eso, o se convirtió en algo más. Empecé a darme cuenta de que veía la utopía desde una perspectiva diferente, empecé a pensar en los costes, en el producto, en los márgenes de beneficio», hizo una pausa, «incluso en las ganancias. ¡Ganancias! ¿Ves? Puedes ver lo mal que me puse».

—Estás hablando en pasado —dije.

Pero no iba a permitir que lo interrumpieran en su confesión. «Sí, hablaré de eso en un minuto. Pero, como dije, me había contagiado de la ideología, tenía que salir y contarle a todo el mundo cómo estaban arruinando las cosas, cómo las cosas podrían ser mucho más gratificantes si nos olvidáramos de nuestra pequeña forma comunitaria de hacer las cosas y pensáramos a lo grande, pensáramos en ganancias y pérdidas, en el éxito, en el espíritu emprendedor, en todo ese tipo de cosas».

Parecía que hablaba tanto consigo mismo como conmigo, repasando consigo mismo su calvario, reviviendo su período de locura.

“Entonces me puse a pensar en cómo había surgido Atopía, cómo el viejo sistema había empezado a desmoronarse y la

gente simplemente se había ido a forjar nuevas relaciones, nuevas formas de hacer las cosas, a comportarse de manera diferente, tal como dijo Gustav Landauer. Así que pensé que podría salir y convencer a la gente de que se comportara de manera diferente, solo que esta vez lograría que se comportaran de forma egoísta, que pensarán en la oportunidad principal, en las ganancias y las estafas, esa forma de pensar. Pero debí de estar loco. ¡En Atopía! Yo, intentando que la gente actuara como capitalista... ¡imposible!” Sonrió. “Supongo que debo ser el último capitalista, o mejor dicho, fui *el* último capitalista.”

Le sonreí. “Ahí está de nuevo el tiempo pasado”.

“Sí. El pasado. Nunca volveremos a ver el capitalismo, ni a sus ideólogos, y ahora estoy bien de nuevo, ahora que me he dado cuenta del estúpido que he sido, supongo que Atopía ha visto al último capitalista.”

Se quitó la corbata de estilo antiguo y la enrolló formando una bola.

“Maldita sea, necesito quitarme este ridículo traje. No me extraña que los capitalistas fueran unos cabrones, llevar una de estas cosas toda la vida volvería loco a cualquiera.”

Los dos nos reímos.

“Quizás podría ayudarte con eso.”

"¿Con qué?"

“Ayudándote a quitarte el traje. Y tal vez algo más. Parece que necesitas terapia sexual y cervecera después de tu calvario.”

Me sonrió, con la boca abierta y sonriente. "¿Y dónde podría conseguir eso?"

“Oh, conozco un lugarcito, una barcaza en un río. Se llama la Barcaza de Berkman y yo soy la terapeuta.”

—Me parece bien —dijo, quitándose los pantalones.

“¡Bienvenidos de nuevo a Atopía!”